



**Facultad de Humanidades / Sección de Geografía e Historia**

**Grado en Historia**

**Curso Académico: 2017 / 2018**

**Trabajo de Fin de Grado: La Leyenda Negra sobre la  
Conquista de América**

**Trabajo presentado por D. Honorio Navarro Mesa**

**Dirigido por el Dr. D. Manuel Vicente Hernández González**

## Índice

1. Finalidad y motivos.....	3
2. Resumen.....	4
3. Introducción.....	5
4. Capítulo I: El concepto de <i>Leyenda Negra</i> .....	6
4.1. Definición y Explicación.....	6
4.2. El síndrome del Fracaso.....	12
5. Capítulo II: Antecedentes.....	18
5.1. Origen, recepción, reacciones y existencia de la Leyenda Negra.....	18
5.1.1. ¿Por qué una Leyenda Negra antiespañola en Europa?.....	18
5.1.2. La Leyenda Negra americana.....	21
5.1.3. La responsabilidad de Bartolomé de las Casas.....	23
5.1.4. El resurgir de la Leyenda Negra en el siglo XVIII.....	24
5.1.5. ¿Hubo una Leyenda Negra? Hispanofobia y racismo.....	25
6. Capítulo III: Análisis de la historia de la Leyenda Negra en Europa y América...28	
6.1. La Leyenda Negra en Europa.....	28
6.1.1. Siglo XVI-XVII: El precio de la hegemonía española.....	28
6.1.1.1. Relaciones con Europa.....	29
-Francia.....	29
-Países Bajos.....	31
-Inglaterra.....	32
-Portugal.....	34
-Italia.....	34
6.1.1.2. La <i>Leyenda Rosa</i> europea.....	35
6.1.1.3. La influencia cultural española.....	36
6.1.2. Siglo XVIII: El funcionalismo hispánico.....	36
6.1.2.1. La nueva historiografía española y la proyección internacional de España.....	36
6.1.2.2. Las críticas de los ilustrados europeos y las polémicas derivadas de ellos.....	37
6.1.2.3. La apuesta europea por la modernización y España.....	38
6.1.2.4. La Inquisición.....	39

6.1.3. Siglo XIX: Romanticismo y nacimiento de la <i>Leyenda Amarilla</i> .....	40
6.1.3.1. La obsesión con la Inquisición.....	40
6.1.3.2. La Guerra de la Independencia y la explosión nacionalista.....	41
6.1.3.3. La historiografía española: del romanticismo al positivismo.....	41
6.1.3.4. La aparición del hispanismo francés.....	42
6.1.3.5. La historiografía europea.....	43
6.1.3.6. La Generación del 98 y el problema español.....	43
6.1.4. Siglo XX: ¿En camino hacia el final de la Leyenda Negra?.....	44
6.1.4.1. La historiografía europea.....	44
6.1.4.2. La historiografía española.....	44
6.1.4.3. Argumentos finales.....	45
6.2. La Leyenda Negra en la América hispana.....	45
6.2.1. Siglos XVI-XVII: Apología y crítica por el descubrimiento de América .....	45
6.2.1.1. La <i>Leyenda Rosa</i> .....	47
6.2.2. Siglo XVIII: El debate sobre el régimen colonial.....	47
6.2.2.1. La percepción americana de los ilustrados europeos.....	47
6.2.2.2. España ante América en el siglo XVIII.....	48
6.2.3. Siglo XIX: Criollismo y nacionalismo.....	49
6.2.4. Siglo XX: El <i>lascasianismo</i> y la historiografía sobre América.....	50
6.2.4.1. La historiografía sobre América.....	50
7. Conclusiones.....	52
8. Bibliografía.....	54

## **1. Finalidad y motivos**

A la hora de elegir un tema para mi Trabajo de Fin de Grado, me he decantado por la denominada *Leyenda Negra*, debido a la creencia que, aún hoy, lleva a muchos españoles y, en general, a un gran número de hispanohablantes, a aceptar que la conquista de América –tras ser descubierta por Cristóbal Colón en 1492- fue un proceso de saqueo, genocidio y abusos constante por parte de los llamados conquistadores contra los pueblos americanos recién descubiertos

Este trabajo no tiene como finalidad desmentir la Leyenda Negra, sino que intentará acercarse lo más posible a la realidad, sin defender a los conquistadores a ultranza ni tampoco demonizarlos. Por ello, me he embarcado en un viaje que me ha llevado a investigar la definición de la Leyenda Negra y sus orígenes, pasando por la influencia que ha dejado tanto en Europa como en América, cómo nos ha afectado a los españoles, que nos hemos dejado guiar por ella -especialmente el sentimiento de culpa que nos ha generado y la falta de autocrítica a la hora de analizarla-, y cómo ha sido usada por los enemigos de España para contrarrestar su hegemonía en el siglo XVI y parte del XVII. Finalizaré la investigación exponiendo los resultados originados por ella y cómo sus consecuencias siguen afectando a la imagen de España hacia el resto del mundo, así como entre los propios españoles.

## **2. Resumen**

El presente trabajo estará dividido en diferentes capítulos con diversos apartados y epígrafes, donde intentaré explicar en profundidad, entre otros aspectos, qué es la Leyenda Negra, qué origen tiene tanto en Europa como en América, la difusión e influencia que ha tenido en el resto del mundo con respecto a España y el imperio español, incluso dentro de sus propias fronteras y habitantes y cómo permanece en nuestros días -siendo utilizada como arma política-. Para esta labor, he empleado una serie de bibliografía aportada por mi tutor de TFG que me ha llevado a alcanzar unas conclusiones muy prometedoras sobre la Leyenda Negra y su influencia en España, alcanzando los objetivos establecidos.

*Palabras clave:*

Leyenda Negra, Europa, América, España, Leyenda Rosa.

### **Summary**

This paper will be divided into different chapters with different sections and epigraphs, where I will try to explain in depth what is the Black Legend, which originates both in Europe and America, the diffusion and influence which has had in the rest of the world regarding to Spain and the Spanish Empire, even within its own borders and inhabitants, as it remains even today (being used as a political weapon), among other aspects that I will develop throughout the paper. In order to carry out this paper, I have used a bibliography recommended by my TFG tutor which has let me reach very promising conclusions about the Black Legend and its influence in Spain, achieving the established goals.

*Key words:*

Black Legend, Europe, America, Spain, Pink Legend.

### **3. Introducción**

Este trabajo recoge lo que conocemos actualmente como Leyenda Negra, viajando a lo largo de su historia y viendo cómo ésta perdura hasta nuestros días. El objetivo principal de este trabajo es intentar, en la medida de lo posible, abordar la valoración de la Leyenda Negra como hecho histórico. Así, tras consultar varias fuentes, he tratado de analizarla en todos los lugares donde aconteció, desde Europa, pasando por los Países Bajos e Inglaterra, hasta la misma América e incluyendo, por supuesto, a España. El objetivo último será alejar la gran sombra que pesa sobre los españoles en relación a ella, sin alejarse por otro lado de la verdad documental.

Para empezar, en el trabajo se podrá encontrar tanto la definición de la Leyenda Negra como sus orígenes, qué explicaciones tiene su aparición y el síndrome del fracaso que nos plantea la misma. Posteriormente, se abordará el desarrollo propio del tema, con sus análisis, críticas, resultados y discusiones pertinentes para cada uno de los capítulos y apartados, que abarcan desde el siglo XVI hasta el siglo XXI. Además, se expondrán las conclusiones y consecuencias actuales. Por último, se incluirá la bibliografía específica, con el fin de ser lo más objetivo y preciso posible.

## **4. El concepto de *Leyenda Negra***

### **4.1. Definición y explicación**

El concepto de *Leyenda Negra* surge a partir del libro de Julián Juderías La leyenda negra, publicado en 1914 en su primera edición, donde se recogen las críticas negativas que desde Europa y América se tenían sobre España<sup>1</sup>. La tesis de Juderías se centró en dos cuestiones. La primera era que España, históricamente, ha sido objeto de una crítica negativa constante y generalizada, en una especie de descalificación global de los valores hispánicos. La segunda es que tal acción de descrédito estaba basada en el imaginario y la especulación, no en la verdad, con “*relatos exagerados, mal interpretados o falsos*”.

Hay que tener en cuenta, además, que Juderías era un obsesionado, como muchos, con el problema de España. Poseía una visión victimista de las relaciones de España con Europa y una voluntad regeneracionista muy unamuniana de reconstrucción de los valores hispánicos supuestamente cuestionados. Es gracias a la labor de Luis Español Bouché que conocemos más en profundidad a Juderías: fue parte del Ministerio de Estado y experimentó una vida dura y triste, destacando el destino de su mujer, Flor Delgado, que perdió la razón, y el no reconocimiento de sus valores, desconocidos y desvirtuados.

Por otro lado, a Juderías se le suele relacionar con el pensamiento reaccionario español, del que no formó nunca parte. Sí fue, en cambio, un regeneracionista con muchas inquietudes y preocupaciones sociales, con un impresionante dominio de las lenguas. Prestó atención, como todos los historiadores de su generación, por el problema de la decadencia española, y sufrió la angustia de las primeras décadas del siglo XX (desde el intento de regicidio de Mateo Morral a la crisis de 1917 o la Semana Trágica). Por todo ello, se encaminó a buscar explicaciones al problema del mal entendimiento entre España y Europa.

A pesar de la importancia de Juderías en la difusión del término *Leyenda Negra*, su arraigo nació en Vicente Blasco Ibáñez. Además, ya lo habían estructurado en términos

---

<sup>1</sup> El término en sí apareció por primera vez en una conferencia pronunciada por la novelista Emilia Pardo Bazán en París el 18 de abril de 1899.

similares Emilia Pardo Bazán, Joaquín Maldonado Macanaz y Juan Valera. En definitiva, debió surgir antes de la Generación del 98.

Carlos Gilly, por su parte, ha considerado que el origen del término no es español, pues lo usó por primera vez el matemático inglés Isaac Barrow en las últimas décadas del siglo XVII para referirse a ciertos emperadores romanos: Nerón, Calígula, Domiciano, etc. También es mencionado por Arthur Levy para referirse a la Leyenda Negra sobre Napoleón o por Riva-Agüero para hablar de la Leyenda Negra de los incas.

Asimismo, debemos destacar que el nacionalismo español de Juderías nunca fue xenófobo, pues se construyó intelectualmente a sí mismo. Su obra fue utilizada políticamente, especialmente durante el periodo de aislamiento del régimen franquista después de la Segunda Guerra Mundial. Así pues, no fue simplemente un indigenista localista, desconfiado de lo foráneo, sino la conciencia crítica del aislamiento internacional de España que intentó superar. Una desconexión que se encontraba en una antigua desafección histórica hacia España, más que por la voluntad española de no relacionarse con el exterior, es decir, “*no nos quieren o porque nos envidian o porque nos temen*”<sup>2</sup>.

Es por ello que el término de Leyenda Negra recibió una fuerte defensa propia durante el franquismo, participando un gran número de historiadores contra la supuesta descalificación antiespañola desde diversos lugares: los hispanoamericanos Escobar López y Rómulo D. Carbia, anglosajones como Gibson y Powell o españoles como Constantino Bayle o Menéndez Pidal, equivalente al refuerzo del concepto de Hispanidad que había sido impulsado por Unamuno, Zacarías de Vizcarra y Ramiro de Maeztu desde principios del siglo XX.

La gran preocupación en torno al concepto de Leyenda Negra se ha concentrado a lo largo del siglo XX en comparar la llamada realidad verdadera a la opinión, haciendo surgir la verdad oculta, la verdadera identidad de España, en mitad de las opiniones desbocadas. A partir de la década de los años 90 del siglo XX, se puede observar un cambio en este sentido. Una vez que España se integró en Europa se empezó a desarrollar una corriente historiográfica de relativismo respecto a la clásica visión dramática de la Leyenda Negra. Este concepto se ha inscrito en las representaciones de

---

<sup>2</sup>GARCÍA CÁRCEL, Ricardo. *El demonio del Sur: La Leyenda Negra de Felipe II*. 1ª Ed. Madrid: Ediciones Cátedra (Grupo Anaya, S.A.) 2017, p.22.



la realidad, dividiendo las corrientes de opinión en el escenario histórico con sus alteraciones en el espacio y en el tiempo.

En este sentido, desde la perspectiva hispana podemos ver opiniones de diversa índole: Molina Martínez intentó entrar en el debate abierto por el indigenismo frente a la conmemoración oficial del descubrimiento de América en el 92; García Cárcel escribió sobre la Leyenda Negra en plena euforia olímpica para desdramatizar la esencia fatalista del término; Fernández Retamar la atacó en 1995 desde posiciones marxistas, considerando que aquellos que criticaban a España eran parte del capitalismo internacional; Luciano Pereña recuperó la apología hispánica a partir de Juderías; Gómez Centurión recalcó que los estereotipos seguían persistiendo; Carmen Iglesias realizó una sutil disección de la autocrítica hispana en su ensayo No siempre lo peor es cierto en la configuración de la Leyenda Negra, donde profundizó en el perfil que nos dejó Chaunu en 1964 sobre la imagen que se tenía de los españoles desde fuera de España, y Joseph Pérez relativizó el valor de España en la Leyenda Negra, considerándola dentro de un enfrentamiento político contra la monarquía española y en el contexto de la lucha cultural de lo latino y católico contra lo protestante, en lo que podría considerarse una guerra psicológica.

Sin embargo, no debemos olvidarnos de la historiografía anglosajona, que en los últimos tiempos ha analizado la Leyenda Negra desde visiones de rechazo cultural (Griffin, De Guzmán, etc.), a la imagología, ofreciendo resultados prometedores -como los aportados por José Manuel López de Abiada-, y al apartado literario, donde se recuperan las tesis de Juderías en algunos libros (Gustavo Bueno o José Antonio Vaca de Osma), dejando claro que tanto el término como el concepto de Leyenda Negra siguen muy activos y demostrando que la percepción dramática dada por Juderías no ha sido superada aún en absoluto. Para echar más leña al fuego, el libro Imperiofobia y Leyenda Negra (Elvira Roca Barea, 2016) incide en la idea de que la Leyenda Negra es el resultado de la aversión que existía hacia el Imperio español y hace una dramatización de las críticas a la España de la Leyenda Negra, asumiendo implícitamente la excepcionalidad española como víctima de mentiras y falsedades exteriores.

Por su parte, la Leyenda Negra no puede entenderse sin la capacidad propagandística del criterio protestante, ni sin la degradación del sistema desde dentro de élites

intelectuales concretas que jamás se llegaron a identificar con el nacionalcatolicismo identitario. Desde este punto de vista, las primeras críticas hacia la Inquisición vinieron de conversos españoles dentro de España, extendiéndose más por la debilidad propia de la monarquía para autolegitimarse de cara al exterior que a la propaganda dada por los enemigos de la Monarquía Hispánica.

En cuanto a los llamados *negacionistas* de la Leyenda Negra, se debe observar que hoy en día nadie cree seriamente en la veracidad de las acusaciones que se hicieron contra la monarquía española: todos aquellos antiguos relatos que, durante el siglo XX, alimentaron la maldad de Felipe II, las crueldades de la Inquisición o los abusos contra los indígenas americanos no tienen reconocimiento académico.

Es más, según García Cárcel, el debate actual se centra en la metodología de la construcción de aquella imagen negativa. No se trata de discutir si hubo Leyenda Negra o no; hubo leyendas, y muchas de ellas fueron negras, tanto sobre España como contra España. Pero el mismo término de Leyenda Negra debería ser utilizado en plural, pues su tipología es variada: no es lo mismo la Leyenda Negra del periodo imperial que la del decadente siglo XVII, ni igual que en el siglo XVIII, ya que las críticas, el sustantivo de la palabra leyenda y la negritud del adjetivo han evolucionado continuamente.

Ante todo, debemos tener en cuenta que España actualmente está integrada en la Unión Europea y ha dejado de ser observada escrutadoramente por los europeos. Los viejos tópicos negativos que estigmatizaron la historia española parecen liquidados, incluso el catastrofismo demográfico de la conquista y la colonización americana ha sido rebajado con respecto a sus episodios más siniestros. Es obvio que ya no hace falta la lucha dialéctica de Juderías para defender el honor hispánico frente a las injurias foráneas en la España de la Europa actual, y, con ello, parece impensable actualmente la instrumentalización política de la Leyenda Negra que en su día hizo el franquismo.

Así, el problema histórico de la Leyenda Negra, con su manifestación victimista, se ha ido dirigiendo hacia otros derroteros, según García Cárcel, pero manteniendo los mismos síntomas: el complejo de inferioridad, con sus inseguridades e inhibiciones, y sin avanzar apenas en la autoestima nacional. Vivimos, por lo tanto, en una nueva crisis de conciencia nacional, con la misma preocupación regeneracionista de los tiempos de

Juderías. De hecho, el miedo hacia cualquier reivindicación nacional está más presente que nunca, pues se puede interpretar como un signo ideológico conservador propio del franquismo.

En este sentido, debemos tener presente que la autocrítica no es negativa sino todo lo contrario. Posiblemente habría sido mejor para la historia de España si se hubieran prestado más y mejores oídos al pensamiento autocrítico español y regeneracionista desde los tiempos de los primeros arbitristas. Sin embargo, la debilidad del Estado-nación al respecto ha sido, y es, patética. Las continuas descalificaciones entre Castilla y Cataluña han ayudado a solidificar más la presunta Leyenda Negra europea que las aportaciones de Guillermo de Orange o Voltaire.

El complejo de inferioridad ha impedido que se desarrollaran historias de España desde el siglo XVI hasta mediados del siglo XIX. De hecho, se escribieron antes historias desde fuera de España que desde dentro. La sumisión hacia la legitimación extranjera, que tanto obsesionaba y que es la base de buena parte de la Leyenda Negra, pesa aún demasiado. La presunta incoherencia entre la defensa de la nación y la apuesta por el progreso que se gestó en el siglo XVIII sigue nublando la mente de muchos intelectuales españoles, quienes temen ser tachados de derechas y herederos del franquismo. Indudablemente, la balanza entre la autocrítica necesaria y la afirmación de la conciencia nacional no es fácil. Vivimos en un mundo mediático en el que, según Mariano José de Larra, *“todo es pura representación”*.

Ciertamente, la llamada Leyenda Negra contra España empezó a formarse desde la crítica lógica a la hegemonía imperial, a la prepotencia de la monarquía del Siglo de Oro, a los celos ocasionados por la amplitud de territorios que está abarcaba, donde nunca se ponía el sol. Pero no fueron ni Isabel de Inglaterra ni Enrique IV de Francia quienes, frente al poderío del impero español, representaron en ningún momento el principio de laicidad en contra del presunto catolicismo integrista español, sino más bien la relectura política del fundamento religioso de la dominación.

Isabel significó la ratificación del anglicanismo frente al calvinismo y el catolicismo; por su parte, Enrique IV representó un catolicismo político, sin el providencialismo hispánico. Estos adversarios del imperio español demostraron ser un obstáculo más por sus propias preocupaciones defensivas y el objetivo de alimentar a su propia clientela.

En realidad, ambos monarcas temían la competencia de un catolicismo hispanófilo en aumento por una propaganda católica y proespañola que se vio especialmente desde la década de 1580 como una amenaza a sus países. Ello nos lleva a imágenes propias de la Inquisición, de la derrota de la Gran Armada en 1588, e incluso a la recuperación de este sentimiento por parte del franquismo para su uso a partir del desprecio y recelo antihispánico del siglo XVI.

En este sentido, habría que ver la doble vara de medir de la llamada Leyenda Negra según la época y enemigos que tuviera la Monarquía Hispánica: en su fase ascendente se escribe desde la envidia, con una visión tiránica del poder y de la ambición españolas, pero con cierto respeto hacia la monarquía española; mientras que en su fase descendente, principalmente desde 1588, lo hace desde una ironía sangrante, regodeándose en la capacidad militar de los soldados españoles, en la inutilidad del despliegue de poder por parte de los reyes españoles y en las disidencias internas dentro del país. En general, en la Leyenda Negra contó de forma decisiva la alteridad religiosa, la contraposición entre el catolicismo y el protestantismo de más allá de los Pirineos, con la Inquisición como símbolo de la identidad española y a Felipe II como su mayor representante.

Pero, más allá de los factores exógenos de la difusión de críticas negativas, quiero recalcar la función que España ha tenido en la construcción de la Leyenda Negra. Por ejemplo, Manuel Azaña criticó que lo que era un problema nacional era en realidad una crítica a la monarquía católica. Además, Henry Kamen ha subrayado la escasa españolidad del aparato militar imperial, pues los reyes defendieron ante todo sus propios intereses patrimoniales. Sin embargo, en pleno siglo XVI emergió un concepto de España que no se podía valorar todavía como nación, pero que era más que un territorio y más que una monarquía.

En definitiva, la Leyenda Negra, más que inscribirla en una presunta construcción sórdida, elaborada desde conjuras internacionales, habría que normalizarla, según García Cárcel, como una muestra más de las corrientes de opinión de signo contrario que se cruzan entre sí, que surge de todos los países europeos a medida que se refuerzan las identidades nacionales propias (sentimientos de admiración/rechazo).

#### **4.2. El síndrome del fracaso**

En el concepto de Leyenda Negra ha pesado claramente el síndrome del fracaso nacional. Los arbitristas de los siglos XVI y XVII no hicieron otra cosa que explicar las razones de la decadencia española buscando soluciones mágicas para solucionarla. Se quejaban de la débil base productiva y comercial, del abandono de la agricultura, del despoblamiento general y de la mala organización administrativa. Nació así un género que se ha denominado *literatura de la decadencia*, basada en la introspección crítica sobre la idiosincrasia propia y entendida como un escollo que impide la realización de un ideal frustrado. Todo empezó por el vértigo al vacío que se sintió desde la cumbre, a finales del reinado de Carlos V. La conciencia de la decadencia empezó por el miedo al éxito propio. La incertidumbre se origina a partir de los años setenta del siglo XVI, tras la crisis de 1568, con lo profetas y agoreros haciendo predicciones fatalistas sobre el futuro de España.

En los años ochenta de ese mismo siglo, el derrotismo aumenta y se suscitan todos los hipotéticos remedios para conseguir la “*conservación y curación*” del reino. Es decir, los arbitristas se convierten en la alternativa al providencialismo fallido en el que parecía estar España. En este sentido, es habitual la concepción organicista que lleva a expresar “*los males de España*” en términos de enfermedad y a España como el “*cuerpo*” que debe ser salvado. Los arbitristas, en su literatura, critican constantemente el imperio español donde, por ejemplo, Sancho de Moncada fustiga la naturaleza de una monarquía “*extendida en tantas y tan distantes provincias, para cuya defensa y conservación es fuerza desangrar a España de la gente y plata, de modo que las conquistas de naciones remotas [...] han sido natural carcoma de España*”<sup>3</sup>.

Mientras, Francisco de Quevedo expone que hay una pérdida de valores “*pobres, conquistamos riquezas ajenas; ricos, las mismas riquezas nos conquistan*”. Por tanto, la decadencia se convierte en “*perdición*” de España y sus males se explican desde el decaimiento moral y espiritual. El Imperio romano es un claro ejemplo de ello: el éxito se ve como un preámbulo del fracaso; la xenofobia aumenta; la lascivia o la indulgencia son tentaciones que nos amenazan. Pero más allá de todo esto se impone una autocrítica nacional, basada en derrotas militares, crisis económicas y pérdida espiritual. Ya en el

---

<sup>3</sup> GARCÍA CÁRCEL, Ricardo. *El demonio del Sur: La Leyenda Negra de Felipe II*. 1ª edición. Madrid: Ediciones Cátedra (Grupo Anaya, S. A.), 2017, pp. 31-32.

Barroco, no hay una valoración de la decadencia de España, pero sí en la conciencia común de su existencia, que se extenderá en los siglos XVIII y XIX, aunque con cambios cualitativos importantes en su planteamiento.

Una vez en el siglo XVIII, se empezó a discutir si hubo una expansión cultural o no, planteando el problema de la presunta decadencia estructural, no coyuntural, mientras que en el siglo XIX se impone una conciencia del problema estructural, siendo el primero en explicarla Juan Sempere y Guarinos. Dicho autor, desde un punto de vista ideológico muy ambiguo, y considerando que la decadencia se debió a la pérdida de rumbo por parte de la falta de peso de la monarquía conjuntamente con las Cortes -verdadero eje identitario español-, el desmesurado papel de la Iglesia y la falta de voluntad del carácter español. Manuel Pedregal, por su parte, incidía también en el carácter español y veía la necesidad de un regeneracionismo político y social.

Con la Revolución francesa apareció el término *regeneración*, que resurgió en el Trienio Liberal y se institucionalizó después de la muerte de Fernando VII, siendo empleado tanto por liberales como conservadores. De esta manera, toda la literatura del desastre pasó a ser regeneracionista, con diversos escépticos. Así, el problema de la decadencia de España a finales del siglo XIX se transformará en el debate casticismo-europeísmo que implosionará en la famosa polémica sobre la ciencia española de Marcelino Menéndez Pelayo en 1876 con los krausistas. Pelayo sostuvo que “*la intolerancia religiosa no influyó ni poco ni mucho en las ciencias [...] España tal vez no produjera genios pero dio al mundo sabios modestos y útiles*”<sup>4</sup>.

La Generación del 98, por su parte, pasará de la literatura de la decadencia a la del desastre. Desde Américo Castro hasta Miguel de Unamuno se debatirá sobre los “*males de la patria*”, el “*aislamiento de Europa*”, las “*desdichas de la patria*”... El problema de España ya no se disecciona desde la perspectiva identitaria que se pregunta quiénes somos, sino desde la óptica funcionalista del ¿para qué servimos?

La europeización se convierte en el gran tema de discusión central en la vida intelectual española a comienzos del siglo XX, con diversas posiciones, desde la reinención del casticismo español de Ganivet a la convicción de José Ortega y Gasset de que España es

---

<sup>4</sup> GARCÍA CÁRCEL, Ricardo. *El demonio del Sur: La Leyenda Negra de Felipe II*. 1ª edición. Madrid: Ediciones Cátedra (Grupo Anaya, S. A.), 2017, p. 34.

el problema y Europa la solución, pasando por los bandazos de Unamuno. Algunos intelectuales como Ramón y Cajal apostaron por la “japonización” de España. A Unamuno, en cambio, le interesó más Rusia.

En el plano político, la neutralidad española durante la Primera Guerra Mundial se acabó pagando con la política de no intervención de Francia y de Inglaterra en la Guerra Civil que acabó en total perjuicio para la República española, cuyo mayor beneficiario fue Francisco Franco. El caudillo se encerró en la conciencia de su marginalidad exterior a la espera de que los aliados se olvidaran de él.

A nivel internacional, el resultado de la Segunda Guerra Mundial acabó derivando en la aparición de un nuevo imperio, el de Estados Unidos, que reemplazó al Viejo Continente e hizo que Europa perdiera su hegemonía histórica en beneficio de la bipolaridad que representaban los bloques capitalista y socialista. España, ya por los años cincuenta del siglo XX, se lanzó a la recuperación del siglo XVIII como el siglo de la opción europea rompiendo el mito orteguiano de que en España faltó el siglo ilustrado. Es en las décadas de los sesenta y setenta del pasado siglo cuando se abre el debate sobre la normalidad o excepcionalidad de la historia de España en la historia europea, que aún hoy en día no se ha superado.

Así, la llamada *fracasología* sigue haciendo estragos. Se han escrito muchas obras desde los años noventa con el fin explícito de romper el viejo fatalismo histórico, pero el síndrome del fracaso sigue presente. En la historia de España, según David Ringrose, se ha institucionalizado la imagen de tres fracasos: el de la revolución comercial, cuando se desperdició la oportunidad que daba el metal americano; el de la revolución agrícola, porque las desamortizaciones no conllevaron a considerables cambios en la distribución social de la propiedad, y, por último, el fracaso de la Revolución industrial (construcción de ferrocarriles con capital extranjero, debilidad del campesinado a la explotación, etc.), según nos ha transmitido Jordi Nadal en su libro El fracaso de la Revolución Industrial en España.

Dichos presuntos fracasos han rotado en torno a un concepto: el de las debilidades y precariedades de la burguesía española. En el Siglo de Oro, la burguesía española, a diferencia de la europea, se dedicó a despreciar el trabajo y a no invertir las ganancias provenientes del metal precioso americano mientras hacía gastos suntuarios y préstamos

censales, cerrando la revolución burguesa en España y con ello su modernización. Sin embargo, el fracaso de la revolución burguesa parece discutido, incluso en su concepto, ya que la burguesía no puede verse como un sujeto político colectivo homogéneo política y socialmente y revolucionario por necesidad.

El fracaso se encuentra en la nacionalización de España, en la incapacidad del Estado liberal para construir un concepto de nación sólido. Sin la modernización política, sin vertebración socioeconómica y con un Estado incapaz de legitimar el orden civil, la construcción nacional tendría muchos problemas y surgirían los nacionalismos periféricos, obstáculos para el propio Estado. La idea de España se asimiló con la Monarquía, con la religión católica y con un Estado centralizado y con tendencia uniformista, ejercida desde el centro castellano.

Las críticas a esta tesis de la debilidad de la nacionalización española han marcado el requisito de comparación con las experiencias europeas, denunciada la mala costumbre de la misma. Esto es visible en diversos ejemplos, como el hecho de que la bandera rojigualda de 1785 no ondease en los edificios públicos hasta 1908, que el himno-marcha de los granaderos no fuese himno nacional hasta ese mismo año o que la fiesta nacional haya ido desde el Dos de Mayo y el día de Santiago hasta el Doce de Octubre en el siglo XX, con Miguel Maura como patrocinador. El nacionalismo liberal, que considerará la nación como sujeto con soberanía y que reivindicará la nación formada por ciudadanos, no súbditos, arrastrará los lastres de un pasado histórico con fundamentos nacionales muy tenues -monarquía y religión-. El problema más grave estaría en la escasa nacionalización de las masas debido a la labor educativa eclesiástica, más interesada en no romper su versión nacional-católica que en aceptar otra más laica-liberal.

Es así como la flaqueza de la nacionalización española ha acabado siendo un mito repetido hasta el tópico. La debilidad se debe principalmente a la comparativa con Francia, que fue el modelo que la mayoría de las élites quería imitar. Pero el mayor drama de la nacionalización española ha sido la aparición del localismo, el poder del caciquismo, la distancia entre la España oficial y la real. Ello no es el resultado de la Restauración, sino un legado del Antiguo Régimen. Después, la identificación del nacionalismo español con el franquismo ha hecho daño y es el cimiento en torno al hipotético Estado inútil o fallido.



Por otra parte, es peligroso creer en la excepcionalidad hispánica como parte de los problemas de la nacionalización. Francia, paradigma del Estado-nación perfecto para muchos, hoy sufre una multiculturalidad que deteriora la conciencia identitaria francesa tradicional. En el Reino Unido tenemos el muy reciente Brexit y el referéndum escocés de 2014. La evidencia yugoslava está en el pensamiento de todos. En definitiva, al mirar la compleja historia del nacionalismo español deberíamos enterrar de una vez y para siempre el mito de la excepcionalidad hispánica.

Igualmente, la Leyenda Negra no puede entenderse sino desde la ambivalencia del singular interés que ha ofrecido históricamente a Europa y América ese territorio conocido como España. Un interés de curiosidad hacia lo distinto, admiración cultural, oposición política... que evolucionan desde el rechazo al poder imperial hacia una sociedad que no se merece a sus políticos. Un país que ha generado una corriente de interés conocida como el hispanismo.

Este hispanismo ha sido siempre plural, desde un hispanismo leído, en base a la literatura española, hasta un hispanismo vivido, basado en los viajes y en el contacto directo. También se divide el hispanismo por la ideología con la que se estudia la historia de España: unos lo han entendido desde una perspectiva liberal para liberar a España de sus viejos monstruos, y otros han visto a España como el baluarte de los valores esenciales y eternos. Además, se puede diferenciar un hispanismo según la procedencia, pudiendo ser alemanes, franceses, ingleses, etc.

Pero, sin lugar a dudas, el momento culmen emocional del hispanismo llegaría con la Guerra Civil española de 1936-1939, destacando principalmente el hispanismo anglosajón desde la década de los sesenta con Raymond Carr y Hugh Thomas como representantes de una doble visión de la guerra: de puertas adentro, la de Carr, con el asunto de la inviable modernización por bandera; de puertas afuera, la de Thomas, que veía el problema en el aislamiento de España con respecto a Europa.

Hasta ese momento, los hispanistas venían de una larga tradición de imágenes negativas sobre España que procedían de los ámbitos culturales judío y protestante, donde el principal destacado fue Felipe II como máximo símbolo de la España católica y que se le ha relacionado siempre con la Inquisición. A partir de ahí, la progresiva transformación de España en un problema europeo se irá acrecentando con la Guerra de

Sucesión española, por la preocupación del futuro de la monarquía, y la Guerra de la Independencia española, abriendo el debate sobre la Inquisición en las Cortes de Cádiz.

En conclusión, la trayectoria del pensamiento hispanista ha crecido hasta el punto en que hoy en día la mayoría ha destapado la vieja Leyenda Negra, denunciando las mentiras y distorsiones interesadas en ella, convenciéndose de que el futuro del hispanismo no puede estar ligado al paternalismo redentorista del hispanismo tradicional, sino a la capacidad de ofrecer distancia y perspicacia al juicio del “*problema de España*”, con una perspectiva “*desde fuera*”, con la mirada del otro.

## **5. Antecedentes**

### **5.1. Origen, recepción, reacciones y existencia de la Leyenda Negra**

#### **5.1.1. ¿Por qué una Leyenda Negra antiespañola en Europa?**

El origen de que España fuera objeto de críticas despiadadas y con frecuencia injustas se puede explicar por la hegemonía que ostentó durante unos 150 años como la primera potencia de Europa y del mundo. Así lo creyó Campanella a principios del siglo XVII: España había recibido la tarea de implantar la monarquía universal y de defender el catolicismo contra la herejía protestante y los infieles otomanos.

Ante esto, las monarquías rivales respondieron ante el peligro de que España dominara el resto del mundo y arremetieron contra la arrogancia, la codicia y la brutalidad de un pueblo que creía tener un gran destino. Según Joseph Pérez, la Leyenda Negra apareció por la supremacía española y su superioridad militar tanto en tierra como en mar, así como su expansión territorial, su influencia diplomática, su hegemonía monetaria y su dominio cultural.

Aunque en el siglo XVI las críticas contra España recaían en aspectos político-religiosos, las primeras críticas son anteriores. La mala prensa de los españoles en Europa comenzó en Italia debido a un sentimiento protonacionalista que nació en Nápoles y Sicilia bajo dominio aragonés, y luego el español. El historiador Sverker Arnoldsson llegó a la conclusión de que las manifestaciones más antiguas se remontan a finales del siglo XIII cuando la Corona de Aragón inició su expansión mediterránea en Sicilia, Nápoles y Cerdeña. De ahí que, antes del siglo XV, los españoles tuvieran en Europa una imagen de codiciosos, orgullosos, vanidosos, lascivos y, a veces, de crueles y sanguinarios. Dicha apreciación se puede ver en la victoria de los Tercios del Gran Capitán Gonzalo Fernández de Córdoba frente a los franceses en las primeras guerras italianas de finales del siglo XV y principios del siglo XVI, y en el saqueo de Roma en 1527.

Además, se nos muestra el estereotipo de España como el país de la miseria y la desidia que desprecia las artes mecánicas, las letras, el comercio y, en general, toda actividad en la que una nación puede conseguir prosperidad. Por tanto, este cliché ya está presente en los relatos de los viajeros de la primera mitad del siglo XVI, como Guicciardini,

embajador de Florencia ante Fernando el Católico, que describió un país lleno de gente descreída, sin apenas interés por las letras y muy religiosa. Sin embargo, estos mismos estereotipos, que parecen formar el “*carácter nacional*” español, se repiten en la literatura y en la imagología del siglo XVI al XVIII, e incluso el XIX. A la vez, la imagen creada en Italia se extiende por toda Europa, sin que las réplicas hispanas tengan el mismo eco.

Ya en los primeros años del siglo XVIII, la Leyenda antiespañola adopta nuevos matices: si en épocas pasadas se veía a España como la monarquía hegemónica, temida y respetada en Europa, en el Siglo de las Luces pasa a considerarse el arquetipo de la decadencia, del héroe con pies de barro, con sátiras y publicaciones mofándose del carácter y de las costumbres españolas. Uno de los más maliciosos fue L'Anti-Espagnol, que describía a Felipe II como un tirano, se reía intencionalmente del desastre de la llamada *Armada Invencible* y de la crueldad de los Tercios. Pero la existencia de sátiras que se mofan de España no justifica hablar de una Leyenda Negra. En el caso español, además del trato vejatorio, se sumó pronto la calificación de “*racistas*” por parte de Italia, Francia y Alemania, debido a la expulsión de los judíos en 1492 que llegaron a las costas de Nápoles.

Del mismo modo, Arnoldsson sitúa el comienzo de la Leyenda Negra en Italia cuando los soldados imperiales de Carlos V son tachados de “*marranos*”, dándose incluso dentro de la propia Iglesia con el pontífice Alejandro VI, al que el futuro papa Julio II tildó de “*catalán, marrano y circunciso*”. Las burlas y sarcasmos contra los españoles se convirtieron en persecuciones a la muerte del papa Borgia. Más tarde, el papa Paulo IV manifestó su disgusto por tener que vivir bajo la hegemonía de un país como España, al que consideraba inferior en cultura, raza y religión.

En Alemania, Lutero aseguraba que los españoles descendían de judíos y que eran similares a los turcos. En los Países Bajos, donde la Leyenda Negra surgió de los rebeldes flamencos, la Apología de Guillermo de Orange recuperó y difundió los rumores que existían por Europa desde finales del siglo XV sobre el semitismo de los españoles y su poca devoción al cristianismo.

Los panfletos anti-españoles que circularon por los Países Bajos, Francia e Inglaterra en las décadas de 1580 y 1590 identificaban a España con los moros, a pesar del intento

hispano por revertirlo, estableciendo para ello los estatutos de limpieza de sangre. La ofensiva anti-española en los Países Bajos fue alimentada especialmente desde Inglaterra, cuando estalló la rebelión en Flandes y ésta recibió apoyo explícito de los ingleses, aumentando si cabe el sentimiento anti-español. Como señala García Cárcel, la descripción de la crueldad española alcanzó su punto álgido con el relato de las ejecuciones llevadas a cabo por el duque de Alba. Ello llevó a un aumento de la hispanofobia, donde Felipe II, la Inquisición y el duque de Alba fueron las grandes obsesiones de los holandeses, llegando a tachar a este último de “*perro de presa*”, “*chusma*”, “*marrano*”, etc.

Aunque muchos historiadores (Arnoldsson, Molina, Joseph Pérez, etc.) sostienen que la tesis de la Leyenda Negra surgió de las rivalidades internacionales del siglo XVI, no hay que olvidar los conflictos religiosos de la época y, en especial, la hostilidad protestante, como una de las fuentes principales del sentimiento anti-español. La propaganda presentaba a España como un peón del Papado y como la abanderada del catolicismo. Sin embargo, hay testimonios que dicen que la monarquía española actuó con gran flexibilidad política, sin dejarse llevar por la ortodoxia religiosa ni ningún tipo de consideración de orden ideológico. Joseph Pérez es categórico: la diplomacia de los Habsburgo entre 1516 y 1648 se basó más en aspectos políticos que en defender el catolicismo romano. No fue la política la que se puso al servicio de la religión, sino que la religión sirvió para justificar intereses políticos.

Un ejemplo de esto último lo vemos en Felipe II: mantuvo una actitud pasiva cuando Isabel I de Inglaterra restauró el anglicanismo. Solo cuando ésta apoyó abiertamente a los rebeldes flamencos y animó a los corsarios a atacar barcos españoles, fue cuando el monarca español se vio obligado a atacar a Inglaterra.

A pesar de ello, el elemento religioso fue clave en la propaganda anti-española. En Inglaterra surgió tanto de la rivalidad política y económica como del antagonismo religioso. Las protestas inglesas surgían no solo de la codicia de los españoles sino que servían para ocultar sus propias ansias coloniales. Desde el principio, Inglaterra estuvo obsesionada con España, pues la veía como su rival en el nuevo orden político occidental y como la que acaparaba todas las riquezas mundiales.

Por su parte, el protestantismo se convirtió en el símbolo del protonacionalismo inglés. Durante las últimas décadas del siglo XVI, Inglaterra se presentó como el pueblo elegido por Dios y se envolvió en la bandera de la fe para atacar el modelo colonial español. Pero la retórica inglesa, que era de todo menos inocente, postulaba el comercio propio como alternativa a la coacción española, planteando que Inglaterra debía aprender la coerción política para atacar a España.

Todo esto lleva a concluir que, aunque es cierto que en el siglo XVIII hubo una cierta moderación en el tono de la propaganda anti-española de parte de los intelectuales y políticos británicos desde 1763 -pasando a una crítica más equilibrada y menos virulenta del imperio español- ya desde finales del siglo XVII, los editores protestantes difundieron el estereotipo español de ignorantes y grandes fanáticos en manos de frailes supersticiosos.

### **5.1.2. La Leyenda Negra americana**

Aunque, en los orígenes de la Leyenda Negra, las fuentes principales de su vertiente europea no aludían a América, pronto ambas se unieron con la finalidad común de poner de manifiesto la crueldad, codicia, intolerancia y ambición de los españoles en cualquier lugar que pisaran.

Uno de los primeros autores en hacerlo fue el italiano Girolamo Benzoni en la Historia del Mondo Nuovo (1565) quien, junto con De las Casas, dio vida a la Leyenda Negra americana. Así, inició la guerra de cifras sobre las víctimas de la conquista de América al afirmar, por ejemplo, que en Santo Domingo vivieron unos dos millones de indios y que en su época no quedaban apenas 150.000. Según Joseph Pérez, su obra Historia fue un hito en la guerra psicológica de los protestantes contra España, al menos tanto como la Brevísima de De las Casas. García Cárcel coincide en que Benzoni pretendía mostrar la conquista española como una campaña de saqueo y exterminio, describiendo a los españoles como sanguinarios, crueles y llegando a afirmar incluso que arrojaban los cadáveres de los indios a los perros.

Las críticas contra propios y extraños por difamar la conquista y colonización españolas en las Indias se sucedieron en el siglo XVIII, con el repunte de la Leyenda Negra. Feijoo, que elaboró el mejor diagnóstico de la situación del país en el primer cuarto del siglo XVIII, vio las razones que pudieron afectar a su difusión: dentro de los mismos

españoles hubo aquellos que lo notaron, reprendieron y acusaron, mientras que en el resto de países se sepultaron, pues nadie criticó su actuación. De hecho, incluso Montesquieu retrataba a los conquistadores en sus Cartas persas como crueles, pues considero que, al no poder someter a las naciones vencidas, “*los españoles tomaron la decisión de exterminarlas y traer de España poblaciones fieles*”. Si en pleno Siglo de las Luces el mayor abanderado del movimiento filosófico-político escribía tales cosas, es que existía una Leyenda Negra.

Asimismo, no podemos olvidar el desplome demográfico: a parte de las muertes a manos de los conquistadores hay que sumar las epidemias. Como sostienen actualmente un gran número de historiadores, la disminución de la población se explica por las enfermedades (contagiosas en gran medida por el aislamiento que hasta entonces habían experimentado los indios) y por el traumatismo de la conquista.

Por tanto, ¿qué podemos deducir de todo ello? En primer lugar, que hablar de genocidio es desacertado, como señala Joseph Pérez. Por otro lado, la legislación indiana y las directrices políticas de las autoridades y de la administración demuestran que se intentó buscar un sistema de dominación política y de explotación económica compatible con la evangelización y la protección de los indios. Además no existió una voluntad de exterminación en la conquista de América, pues se ha cometido el habitual error de analizar los comportamientos de un tiempo pasado con los aceptados culturalmente en la actualidad. De esta manera, se ignora que en aquel periodo la óptica de los europeos era de horror hacia unos “*bárbaros*” -descritos por Cristóbal Colón- como pacíficos que hacían sacrificios humanos y practicaban la antropofagia.

Igualmente, del *corpus* legislativo a favor de los vencidos, de los distintos debates hechos en la metrópoli hispana surgió el derecho internacional que situó a España por encima del resto de países colonialistas y, en palabras de Miguel Molina, “*se alzó la más contundente voz sobre la libertad y racionalidad humanas, Bartolomé de las Casas*”. La proclamación del principio de que todos los hombres tienen iguales derechos y de que todos los pueblos gozan de la misma dignidad sí que es un hecho único en la historia, que merece alabanza. De ahí que tenga razón Joseph Pérez en reclamar el reconocimiento debido a los intelectuales españoles, por ser los primeros en combatir la tesis de que un pueblo puede imponer a otro su tutela, con la justificación de evangelizarlo o civilizarlo.

A este respecto, Molina proclama, acertadamente, que es irónico que los enemigos de España usaran esa actitud autocrítica para dar origen a la Leyenda Negra. Tanto contemporáneos como la práctica totalidad de historiadores actuales admiten que se cometieron crímenes y desmanes difíciles de imaginar y que los españoles no actuaron de forma distinta al resto de conquistadores de otros países, pero que fueron durante los primeros cincuenta años de la conquista, y no tres siglos de colonización.

### **5.1.3. La responsabilidad de Bartolomé de las Casas**

El debate sobre la responsabilidad de Bartolomé de las Casas en el origen y difusión de la Leyenda Negra es uno de los temas historiográficos de imposible acuerdo. Miguel Molina desvía la responsabilidad a la “*flagrante manipulación*” de muchas de las ediciones y a las tendenciosas ilustraciones que acompañaron el texto de la Brevísima. Una manipulación que habría marcado el carácter español desde entonces con la marca de la codicia y la crueldad, siendo el arma más eficaz para exponer que España estaba moralmente incapacitada para gobernar las Indias. Pero, al mismo tiempo, Molina absuelve al dominico: su intención no era perjudicar a su país, y ni mucho menos supo de la repercusión de sus escritos, pues las primeras traducciones de la Brevísima ocurrieron después de su muerte.

También sigue siendo motivo de discusión la influencia de De las Casas en la política española de las Indias, pues que fuera publicada sin el permiso real parece demostrar su peso en la Corte. Otros autores sostienen por el contrario que no fue necesario tergiversar o manipular la Brevísima porque el texto hablaba por sí solo, al mostrar una imagen despiadada y sanguinaria de los conquistadores que podía esparcirse a todos los españoles, porque los términos conquistadores y encomenderos aparecían repetidamente como sinónimos.

Desde luego la actitud de De las Casas al final de su vida da que pensar. En su testamento afirmó que Dios debía descargar toda “*su fuerza y su cólera*” sobre España, pidiendo incluso al papa Pío V que bajo pena de excomunión pusiera fin a las injustas guerras contra los indios y a la expropiación violenta de sus tierras con el pretexto de la conversión.



#### **5.1.4. El resurgir de la Leyenda Negra en el siglo XVIII**

Durante el siglo XVIII resurge la Leyenda Negra: ¿por qué se produce cuando en España reina un monarca ilustrado, Carlos III, rodeado de intelectuales ilustrados que llevan a cabo una política de reformas tanto en la Península como en las colonias? Para explicarlo, hay que tener en cuenta los factores que se explican a continuación.

En este período España ya no solo ha perdido la batalla por el dominio político de Europa, sino también la simbólica y cultural. La hegemonía intelectual ha pasado de ser española a ser francesa. A partir de 1635 y durante un cuarto de siglo, la guerra entre España y Francia originó una literatura manifiestamente hispanófoba que presenta el conflicto entre dos países de forma apocalíptica para el futuro de la Cristiandad. La victoria de España en este conflicto se veía como catastrófica de manera similar a la derrota de los cristianos frente a los turcos. Por tanto, se tenían bases sólidas para la reaparición de la Leyenda Negra en el siglo XVIII. La gran potencia que fue la Monarquía Hispánica en los siglos pasados se había convertido en un país en decadencia, retrasado en la modernidad y situado en la periferia europea. Atraso, ignorancia, superstición y desprecio por el progreso la definen. La España del Siglo de las Luces era una nación miserable y digna de lástima, inútil para el mundo y para sí misma, y que necesitaba ser curada.

Es más, la Inquisición española fue uno de los grandes soportes de la Leyenda Negra en el siglo XVIII. Hoy en día los estudios cuestionan el número de víctimas y los métodos de crueldad empleados por el Tribunal del Santo Oficio y es sabido que, en la segunda mitad del siglo XVIII, la Inquisición reprimía los asuntos relacionados con las costumbres y con la censura de libros, algo bastante habitual en el resto de Europa. No obstante, la Inquisición española estaba rodeada de un aura negra que repentinamente resucitó de sus cenizas, cuando ya se la daba por muerta. Carlos III no vio necesidad en acabar con ella y el conde de Aranda había perdido en su intento de destruirla.

Pero hay algo más que nos ayuda a entender el continuo acoso con el que se evalúa a España, y es su mutación en el anti-modelo por excelencia. Símbolo de la negatividad, del fracaso político -una monarquía absoluta y un colonialismo feroz y brutal- y socioeconómico -decadencia, atraso e ignorancia-. Dichas denuncias que muchos ilustrados franceses, con excepción de Voltaire, no llegaban a entender los cambios que

se habían producido a lo largo de tres siglos y hablaban en general de oídas sin siquiera visitar el país vecino y conocer a sus gentes. Desde Montesquieu a Diderot, todos dieron alas a la Leyenda Negra que, posteriormente, usarían Inglaterra para su beneficio económico y los independentistas sudamericanos para alcanzar su ansiada independencia.

Aun así, hay aspectos de la crítica a España que no pocos intelectuales españoles del siglo XVIII se negaron a refutar, como el padre Feijoo, que tanto censuró la “*pasión nacional*” y que reconocía la responsabilidad de los propios españoles en la mala imagen que tenían del país en el exterior, dando quizás una mención hacia De las Casas.

Además de rebatir las injurias en el terreno historiográfico, el contraataque español se proyectó en el terreno práctico mediante un esfuerzo agotador por ponerse a la misma altura en lo científico y técnico que el resto de países europeos. Dicho esfuerzo fracasó tanto en el plano científico como en el económico-político por la falta de continuidad. A mi juicio, que este sentimiento que abatía a los ilustrados españoles, al sentir que habían sido agraviados, estuviese tan diversificado y que lo calificaran como difamaciones debido a una campaña de desprestigio es una muestra clara de que existe una verdadera leyenda negra.

#### **5.1.5. ¿Hubo una Leyenda Negra? Hispanofobia y racismo**

Como ya se ha establecido, el término de Leyenda Negra aparece por primera vez en una conferencia pronunciada por la novelista Emilia Pardo Bazán en París en abril de 1899, aunque luego fuese popularizado por Julián Juderías en su libro de 1914. En dicha conferencia, Pardo Bazán se refería a una especie de leyenda de denigración y desprecio, propagado por una “*asquerosa prensa amarilla en los Estados Unidos*”, una Leyenda Negra que “*falsea nuestro carácter, ignora nuestra psicología, y reemplaza nuestra historia contemporánea con una novela*”<sup>5</sup>. Un relato lleno de infundios que, por absurdos que sean, pueden ser creídos y difundidos siempre por alguien.

Desde que el concepto apareció a principios del siglo XX, diversos historiadores (Ricardo García Cárcel, Jesús Villanueva, etc.) han negado su existencia. García Cárcel

<sup>5</sup> VILLAVERDE RICO, María José & CASTILLA URBANO, Francisco (directores); autores, José Álvarez Junco... [et al.]. *La sombra de la leyenda negra*. Madrid: Editorial Tecnos (Grupo Anaya, S. A.), 2016, p. 71.

nos plantea que las críticas negativas sobre España, lejos de ser una conjura internacional, serían el resultado de su política imperialista, “*delirante en lo religioso*” y “*torpe en la propaganda*”. Se refiere a hechos que van desde la represión del duque de Alba en la rebelión flamenca, a la equivocada política respecto a los Estuardo -que provocó una oleada anti-española en Inglaterra- y a la actuación de la Inquisición. En decir, que se basaría más en una especie de admiración-rechazo entre países a medida que crecen sus identidades nacionales.

En cuanto a Villanueva, reconoce que en el siglo XVI había un “*anti-españolismo manifiesto*” tanto en los títulos de los panfletos de la época como La Tiranía Española o El Anti-Español, como en las descalificaciones de los escritos holandeses y franceses. En todo caso, justifica esta leyenda por la “*hegemonía opresiva*” de la España de Felipe II en Europa y por sus guerras duras y destructivas, que van acompañadas de una doble represión, nacional y religiosa, y generan una reacción también religiosa y patriótica. A juicio de Villanueva, sería un error hablar de Leyenda Negra. Califica a la literatura de los Países Bajos, Francia, Alemania e Inglaterra como “*lucha contra el invasor opresor*”, a pesar de ser consciente de que muchos autores de los siglos XVI, XVII y XVIII, como Quevedo y Feijoo, perciben ese “*aborrecimiento*” contra España por parte del resto de los países europeos.

Además, esa “*demonización de lo español*” quedaría justificada como una “*lucha justa*” en defensa de valores como “*la libertad de conciencia o los derechos constitucionales*”. Según dice la Apología de Guillermo de Orange, que perdió su sentido cuando España dejó de ser una potencia hegemónica en Europa con la paz de Westfalia en 1648 y la paz de los Pirineos en 1659. Lo único que reconoce el historiador catalán es que la campaña contra Felipe II ofreció una serie de tópicos que perduraron en la imagen de España en los siglos XVIII, XIX y XX, así como el resurgimiento en 1898 en la guerra contra los Estados Unidos, y que considera de “*operación de propaganda anti-española*”. En resumen, para Villanueva no existe una leyenda negra como tal.

Miguel Molina lo ve desde otro punto de vista. Considera que negar la Leyenda Negra significa *interiorizarla* debido a “*una actitud sociológica, de pura negatividad ante lo español*”, de un mal disimulado resentimiento. Joseph Pérez califica de masoquista negar la existencia de la Leyenda Negra, propia de unos españoles que se niegan a

aceptar su pasado y no se perdonan haber sido el pueblo que descubrió y conquistó América, ser la gran potencia hegemónica del siglo XVI y parte del XVII, y la tierra de Cervantes, Lope de Vega, Velázquez y Goya. En su opinión, la Leyenda Negra sería la reacción contra la hegemonía de la casa de Austria y una actitud hostil de los protestantes contra la España católica.

De la misma manera, sumado a la imagen de España visto como un país violento y bárbaro, se vería a los españoles como una raza distinta de los auténticos europeos, idea ya presente en los autores italianos, luego en Guillermo de Orange y también en los ingleses, hasta culminar en los siglos XIX y XX. Mientras en las etapas medievales y renacentistas se denigró a España por su proliferación de moros y judíos, más tarde, convertida en guardián de la Cristiandad, se la criticó por expulsar a los judíos y moriscos. Joseph Pérez señala esta contradicción y recuerda que Francia ya había expulsado a los judíos en 1394 y en Inglaterra hizo lo propio más de un siglo antes, en 1290.

A España se la ha relacionado pues, en la propaganda anti-española, con el Islam, con África y con gente de color. Incluso desde el siglo XV, por ser semiafricana y por sus hábitos y gustos de *“origen no europeo”*. Esta cuestión racial perduró desde el siglo XVI hasta el siglo XX, como vemos en el caso de Napoleón Bonaparte, que al entrar en Madrid se extrañó de no encontrar gente de *“tez negroide”* por las calles. Por consiguiente, España quedaba así excluida de la Europa ilustrada debido a factores básicamente geográficos que determinaban su carácter atrasado, bárbaro e incivilizado. En palabras de Alejandro Dumas en el siglo XIX, *“África empieza en los Pirineos”*, identificando a España más con África que con Europa.

## **6. Análisis de la historia de la Leyenda Negra en Europa y América**

### **6.1. La Leyenda Negra en Europa**

#### **6.1.1. Siglos XVI-XVII. El precio de la hegemonía española**

Los inicios de la opinión europea sobre nuestro país van unidos a la progresiva necesidad del concepto de España, que obtuvo sus primeras señas de identidad nacional a lo largo del siglo XVI y XVII. Su punto de partida fue el revés de la idea europea y el nacimiento de los nacionalismos. Hacia 1540, el modelo político de los erasmistas consejeros de Carlos V de una Europa basada en el principio de la *Humanitas christiana* está en crisis. El ascenso protestante y las primeras agitaciones sociales del Estado moderno junto al avance de las conciencias nacionales llevaron a la idea imperial al fracaso. La Europa renacentista será engullida por la aparición de las nacionalidades, que alimentarán su identidad en función de la propia competencia con los demás. En este sentido, España nunca mostró una actitud receptiva a lo extranjero.

El concepto de España como nación, con un sistema de valores, va a ir definiéndose en la segunda mitad del siglo XVI. Sin embargo, detrás del concepto de España había otro problema: el de la invertebración hispánica. España se había convertido en un sistema de valores sin haber fijado su estructuración interna, pues la integración entre sus reinos jamás existió. Así pues, la guerra de opinión se debe explicar si observamos lo complicado de la invertebración hispánica y examinamos las disputas entre los españoles en el marco del débil modelo estatal federal diseñado por los Reyes Católicos y proseguido por los Austrias. Además, ha de entenderse en la obsesión publicitaria que acompañó siempre al Barroco: distorsión, exageración, manipulación... que vemos en los numerosos panfletos que impregnaron las guerras de religión en Francia, la Guerra de los Treinta Años, la revolución inglesa, etc. Pero naturalmente, la opinión pública contra España hay que explicarla en la política de Felipe II. Su condición como garante de la ortodoxia católica en Europa le obligó a abrir amplios frentes bélicos, que afectaron a la opinión europea.

En cuanto a las fuentes de la Leyenda Negra, las más destacables son las de De las Casas; la Guillermo de Orange, líder de la revuelta en los Países Bajos, que escribió toda una serie de anuncios y panfletos contra el gobierno de Felipe II, acusando al rey español de haber matado a su hijo, el príncipe don Carlos; así como de bigamia y de

adulterio; y la de Antonio Pérez, el famoso ex secretario de Felipe II, que en sus Relaciones escribió un argumento contra el rey, del que se afirma que “*no hacia distinción de personas*”, y los castellanos, que denominó “*pueblo maligno y perverso*”.

Por lo que respecta a la autocrítica, la visión de la cultura española la vemos ya reflejada en los primeros erasmistas. Vives reprochó la incultura española, Huarte de San Juan considero a los españoles como “*no aptos*” para aprender la lengua italiana o Cristóbal de Villalón, que culpó a las estrellas. Por otra parte, la anexión de Portugal y la corriente iberista suscitada contó con la oposición de algunos intelectuales españoles, como el jesuita Rivadeneyra que consideró la empresa guerrera de Portugal como un gran mal, en un país donde la religión se mantiene “*en su puridad*”. Ya en el siglo XVII, las mayores críticas vinieron de Cataluña, que en el contexto de la revolución de 1640 cuestionó el modelo político de Felipe IV y Olivares, teniendo una gran respuesta revolucionaria en Portugal y Nápoles. En general, la opinión sobre España siempre fue condicionada por las relaciones conflictivas con los países europeos.

#### **-6.1.1.1. Relaciones con Europa**

##### **-Francia**

Las relaciones de España con Francia fueron, por lo general, conflictivas. Desde el principio de su reinado, Carlos I intentó siempre mantener una política pacifista de cara a Francia, pues la veía “*provechosa, útil y necesaria*”. Sin embargo, de los 39 años de su reinado, Carlos I se pasó 26 en guerra con Francia y sólo 13 en paz. Si atendemos a las explicaciones dadas por el emperador, las razones de las continuas guerras se debieron al comportamiento de los reyes franceses, tanto Francisco I como Enrique II. Tales reflexiones las mantuvo y transmitió a su hijo Felipe II, diciendo que “*ha querido esperar de hallar oportunidad de dañarme con disimulación*”.

Indudablemente, los enfrentamientos bélicos cambiaron con auténticas exhibiciones de “*fair-play*”. Si el rey francés fue agasajado tras su cautiverio, no lo fue menos Carlos I en su viaje a los Países Bajos por Francia en 1539. Con Felipe II el conflicto cambió de carácter. El Tratado de Cateau-Cambrésis puso fin a las guerras de Italia y el mismo rey español se casó con Isabel de Valois. No obstante, la política de apoyo de la corona española a la Liga Católica francesa en las guerras de religión, en cubierto primero y luego directamente, deterioraron las relaciones.

En este sentido, la propaganda francesa extenderá las críticas contra España en el siglo XVI, incidiendo concretamente en aspectos político-religiosos:

-1) Críticas contra los reyes españoles. Se flagela los presuntos vicios de la monarquía hispánica: avaricia, crueldad y usurpación. De Fernando el Católico se reprochó su conquista de Nápoles y su anexión de Navarra; de Carlos I su orgullo, ambición e hipocresía, y de Felipe II se dijo que era un intrigante ambicioso, tirano y que sus reinos eran gobernados por inquisidores y diablos que lo tenían “*embrujado*”.

-2) Denuncia de las limitaciones del poder político español. La pereza de los españoles hacía que dependieran de la inmigración francesa para sobrevivir. Su brutal acción en Flandes y América generó revueltas.

-3) Crítica a la violencia religiosa. Se nos presentan víctimas inocentes martirizadas por las fuerzas del mal. El Antiespañol escribía: “*bajo el falso pretexto de la religión envía miserablemente a la muerte a todos aquellos que detestan la tiranía española*”. Los jesuitas fueron especialmente vilipendiados.

-4) Primeras acusaciones antropológicas contra los españoles, donde se les trata como fanfarrones y cobardes. De los Tercios El Antiespañol decía: “*les resulta más fácil dar miedo a los temerosos que mal a los otros, más cómodo dar esperanzas que socorros*”.

En el siglo XVII los principales motivos de crítica franceses hacia España fueron los mismos:

-1) Denuncia del imperialismo militar español. Por ejemplo, la obra de Balzac (1632) fustigará la ambición de Felipe IV que quiere destruirlo todo.

-2) Hipocresía. Se destacan las grandes expulsiones religiosas realizadas por el simple maquiavelismo de la razón de Estado. Richelieu en sus memorias describe casi de forma lacrimógena la expulsión de los moriscos. En un plano más secundario, se critica el uso de la Inquisición.

-3) Francia manifiesta gran preocupación ante las teorías jesuitas de Mariana o Suárez propugnando el tiranicidio.

El interciclo pacifista del reinado de Felipe III tras la muerte de Enrique IV de Francia, la paz de Vervins y la política matrimonial franco-española supondrá un deshielo en la beligerancia entre los dos países. Más adelante, la guerra con Francia iniciada en 1635 relanzará la opinión española hacia la legitimación del *austracismo* frente a sus enemigos, dando sentido religioso al imperialismo español. En el panfleto español Francia engañada, Francia respondida (1635) se acepta que los “*ingratísimos*” franceses son gentes “*fáciles*” y “*vanísimas*”. En medio de la emoción francófoba del siglo XVII aparecen intelectuales españoles con cierta lucidez, como Saavedra Fajardo, que rechaza tajantemente la guerra y admira a Francia por su homogeneidad y como entidad histórica, aunque aborrece su política y sobre todo a Richelieu.

### **-Países Bajos**

Las relaciones hispano-flamencas nunca fueron muy felices. Las descripciones de los viajes de Felipe el Hermoso por España no ayudaron en ese aspecto, así como la corte que trajo su hijo, Carlos V, cuya presencia generó hostilidades que acabaron resultando en la revuelta comunera. La revuelta en los Países Bajos empezó en 1566 debido a la nueva política de Felipe II, que introdujo soldados españoles en sus fortalezas y reorganizó drásticamente la estructura eclesiástica del país, creando catorce nuevos obispados y reprimiendo duramente la herejía protestante emergente. Aspectos como el gobierno del duque de Alba, la huida de Guillermo de Orange, el aumento de tropas para reprimir las revueltas, la falta de pago entre las tropas -que se amotinaban- y los cambios de gobiernos, así como el saqueo de Amberes en 1576, ayudaron a radicalizar el conflicto. Finalmente, la independencia y plena soberanía de los Países Bajos de Holanda serían concedidas en el Tratado de Münster (1648).

En cuanto a las críticas de los holandeses hacia España, se publicaron infinidad de folletos contra Felipe II y la Inquisición. Uno de los más populares fue el de Ph. Marnix de Saint-Aldegonde, titulado La colmena de las santas abejas de la Iglesia Romana (1596). Josepho Scaligero escribió su Scaligerana en la segunda mitad del siglo XVI, haciendo una caracterización desdeñosa de los españoles y de otros muchos pueblos. Se juzga a los españoles como ignorantes y bárbaros, a los franceses como imprudentes y belicosos, etc.

Por otra parte, la Inquisición fue la gran obsesión holandesa, y recibió las más fieras críticas. En 1570, refugiados protestantes holandeses plantearon duras quejas en la Dieta



alemana contra Felipe II y la Inquisición. Se llegó incluso a publicar un falso documento en el que el Santo Oficio declaraba culpable a todo el pueblo neerlandés de lesa majestad con la advertencia de confiscación de bienes. El mismo duque de Alba fue denominado “*tirano*”, “*perro de presa*” o “*chusma*”.

Asimismo, la expulsión de los judíos ayudó a configurar la imagen negativa de España, pues muchos habían sido fieles servidores del monarca, clérigos piadosos y brillantes universitarios. Es más, Ámsterdam, que era la ciudad comercial y tolerante por excelencia, fue exaltada por Quevedo como el lugar de conspiración internacional contra España. Por tanto, si Ámsterdam era el centro cultural por antonomasia, España se convertía en el centro del oscurantismo.

### **-Inglaterra**

La ofensiva crítica de los Países Bajos contra España fue manipulada y estimulada en gran medida desde Inglaterra. Las relaciones entre ambos países pasaron de una etapa de cordialidad durante el reinado de Carlos V y los primeros años del de Felipe II, hasta 1568. Felipe II se casó con María Tudor en 1554 y el matrimonio se mantuvo hasta el fallecimiento de la reina inglesa en 1558. Será partir de 1568 cuando surja el conflicto entre España e Inglaterra. Así, se confiscaron los bienes de los mercaderes españoles y flamencos y se rompieron las relaciones con España, de manera paralela al levantamiento católico del norte de Inglaterra en el que estaba implicado el embajador de España, Guerau de Spes.

Estas tensiones se transformaron en una verdadera guerra fría a partir de 1575 (saqueo del Callao por Francis Drake, el apoyo español a los irlandeses, huida del pretendiente portugués a Inglaterra, etc.), pasando a un enfrentamiento directo desde 1585, con la preparación de la Armada Invencible en julio de 1588 y la Contraarmada inglesa en 1589. El apoyo inglés a los Países Bajos fue bastante explícito, a partir del acuerdo de Nonsuch entre ambos países. En 1599, un folleto anónimo editado en Londres fustigaba los “*humores*” españoles, calificándolos, entre otras cosas, de “*lobos a la mesa*” o “*rudos en el dormitorio*”. Pero el gran foco de interés de la propaganda inglesa será la Armada Invencible. El fracaso de la Armada será la esencia de las críticas que evolucionarán desde el desprecio por Felipe II al rechazo al carácter español.

Además, un misterioso sir L. L. -probablemente Lewis Lewkener- publicó en 1595 dos folletos en que describía la situación de los fugitivos ingleses en España. Tachó a los españoles como “*la nación más baja, pérfida, orgullosa y cruel que vive*”, destacando sus supuestas características: tiranía, sodomía, crueldad, etc. Aunque las mayores críticas llegarían, sin duda, en el siglo XVII, cuando la dominación española estaba en decadencia. Pese a las buenas relaciones con Jacobo I con España y al tratado de paz de 1604, la animadversión hacia España siguió plenamente vigente.

Con la revolución inglesa, y pese a que nada afectó a la caída de Carlos I de Inglaterra, la hispanofobia inglesa se radicalizó. Los ingleses se quejaban de las trabas en el comercio inglés que ponían los españoles. Ello justificaba que los ingleses desarrollaran su piratería, que siempre estuvo apoyada desde la corte, al punto de que Drake y Hawkins fueron considerados héroes en Inglaterra. De todas formas, la imagen negativa de España se extendió tanto que la colocación de barriles de pólvora para volar el Parlamento inglés por Guy Fawes en 1605 se convirtió en fiesta nacional para los propios ingleses, al ser visto este hecho como una respuesta a las aspiraciones de los católicos en Inglaterra. Más tarde, Cromwell relanzó el anti hispanismo inglés, sirviéndose de la fracasada campaña inglesa de 1654 para estimular la agresividad hacia España. Las palabras de Cromwell fueron rotundas: “*Nuestro verdadero enemigo es el español. Es él. Es un enemigo natural*”. En este sentido, se acusaba a España de haber privado a Inglaterra de su derecho, dado por Dios, de comerciar con las Indias Occidentales. Es curioso que las críticas ya no se dirigieran a la Inquisición, sino al ámbito estrictamente colonial.

En comparación con Inglaterra, España se tomó con un clima favorable lo que se denominó “*la empresa de Inglaterra*”. Cervantes, Góngora, Lope de Vega... glosaron literariamente la Gran Armada. La Iglesia española apostó por el carácter divinal de la empresa. Rivadeneyra describió a Inglaterra en su famosa Historia eclesiástica del cisma de Inglaterra como “*cueva de bestias fieras, refugio de traidores, puesto de corsarios...*”. En cualquier caso, la anglofobia fue sólo equiparable a la hispanofobia inglesa. Del desprecio hacia Inglaterra en el siglo XVI se pasará a la hostilidad en el marco de la revolución inglesa de 1640.

## **-Portugal**

La anexión de Portugal a la monarquía española en 1580, tras la muerte de Sebastián I y de su tío el cardenal Enrique, para proclamarse rey de Portugal Felipe II en base a sus derechos al trono, supuso el triunfo de la razón de Estado. Este hecho afianzó las bases de una nueva teoría política de la guerra basada en la probabilidad del derecho y la apreciación subjetiva del príncipe. Juristas como Luis de Molina o Rodrigo Vázquez legitiman la operación de anexión. Rivadeneyra, con el apoyo de casi toda la Compañía de Jesús, se manifestó en contra, así como el obispo de Cuenca, Rodrigo de Castro, que temía que por la ambición española se perdiera la tranquilidad interior.

Fuera de España hubo algunas críticas como las del italiano Jerónimo de Franchi Conestaggio, que impulsó el mito del sebastianismo. Dicho mito consistía en que, al no aparecer el cadáver de Sebastián I, muchos portugueses vivían con la idea de que, en realidad, el monarca no había muerto y que volvería cual rey Arturo para recuperar la independencia política. Esta invención era tan popular que aparecieron hasta cuatro impostores para reclamar el trono, pero no tuvieron éxito. Por su parte, los portugueses explicaron la situación de diversas maneras, entre ellas la de Pellicer, que en su libro Sucesión de los Reinos de Portugal y el Algarbe (1640) destaca los innegables derechos de Felipe II a la corona al mismo tiempo que critica su comportamiento a la nobleza portuguesa. Sin embargo, no falta la apelación historicista que pone de relieve que Portugal fue un feudo de la Corona de Castilla y pronto surgió la lusofobia, que tiene a su mayor representante en Marcelino de Campoclaro.

## **-Italia**

Italia había sido el campo de batalla entre Francia y España en la primera mitad del siglo XVI, pero perdió esta condición con el Tratado de Cateau-Cambrésis, con el que España conseguiría el dominio directo sobre Milán, Nápoles, Sicilia y Cerdeña. En 1563 se creó el Consejo de Italia. Otras regiones como Saboya, Toscana, Génova o Florencia se convertirán, en la práctica, en clientes de España durante la segunda mitad del siglo XVI. Solo el Papado o Venecia mostraron pocas simpatías por los españoles en esta etapa. La situación cambiará radicalmente y de manera paralela a la crisis económica italiana que Braudel y Romano han situado desde 1619. A comienzos del siglo XVII estalló la llamada Guerra en Renard en Italia, con la disputa de territorios y conspiraciones promovidas por los españoles, que a la postre serían negativas, y llegó

un momento en que solo Luca seguía manteniéndose fiel a la dominación española. A lo largo del siglo XVII, las revueltas en Nápoles y Sicilia radicalizarían la decadencia española en Italia que culminaría de forma decisiva en el Tratado de Utrecht.

El inicio de las críticas fue el desprecio por la cultura española. Arnoldsson se refirió a la aflicción que suscitaba en los italianos el hecho de que su propio país, de civilización antiquísima, estuviera dominado por un pueblo de calidad inferior. La hegemonía española en Italia fue incluso considerada como una catástrofe cultural. Hay que tener en cuenta que en el mencionado siglo XVII, las críticas se van a dirigir más hacia un contenido político. Así, Boccalini criticó ferozmente a España y la catalogó de cruel y avariciosa, entre otros adjetivos. En general, podría decirse que Italia en este siglo fue una caja de resonancia de las revueltas contra la monarquía española.

#### **6.1.1.2. La Leyenda Rosa europea**

No todo fueron críticas negativas desde el extranjero. Balzac admite el gran amor a su patria y una singular abstinencia a los españoles. Silhon destaca la prudencia de los mismos, pues *“tienen siempre en el pensamiento el futuro y el pasado cuando deliberan”* y su astucia. La propaganda de la Liga Católica fue evidentemente favorable a España, presentando a Felipe II como un monarca que se bastaba con sus posesiones, aunque el estilo de estas cuestiones tiene poco de intelectual y es notablemente populista. Ciertamente faltó, como indicó Salavert, un taller propagandístico que defendiera los intereses españoles. Para Campanella, la Monarquía Hispánica es un *“monstruo con tres cabezas: la de la esencia en Germania, la de la existencia en España y la del valor en Italia”*. Sin embargo, vincula la monarquía universal y los ideales de Cruzada a Francia y rechaza las ambiciones imperiales españolas en Europa al mismo tiempo que legitima estas ambiciones en América.

Naturalmente, las mejores defensas de lo hispánico vendrán de la propia España. La Leyenda Negra no puede entenderse sin una Leyenda Rosa: la exaltación de los valores hispánicos desde España. La Leyenda Rosa se proyectará hacia la explicación devota de la monarquía y los primeros apuntes narcisistas del esencialismo español y la exaltación de la lengua y cultura hispánica. De la devoción hacia la monarquía pronto se pasó al narcisismo esencialista. Se configurará poco a poco toda una doctrina que define las presuntas esencias hispánicas, centradas en la religiosidad y militarismo continuo. Ya a

finales del siglo XVI empezamos a distinguir la palabra de *nación* o *patria española* vinculada al conjunto hispánico. Por *nación* se entiende una comunidad humana asentada en un concreto territorio y diferenciada de otras comunidades contemporáneas: como la tierra de donde es uno natural. Fueron los humanistas los que pronunciaron el concepto de patria o nación con un sistema de valores incorporado, que conducirá hacia la apelación a la antropología y la historia.

### **6.1.1.3. La influencia cultural española**

A pesar de la imagen de aislamiento español en los siglos XVI y XVII, lo cierto es que la influencia cultural española en los países europeos fue claramente intensa. Durante el reinado de Carlos V, la élite intelectual española permaneció largo tiempo en Italia empapándose de forma admirable del humanismo italiano. Posteriormente, con Felipe II como rey, se profundizó en Italia en el conocimiento de la lengua española para italianos. En el siglo XVII, Lorenzo Franciosini publicó un nuevo vocabulario italiano-español en Roma que sería reeditado frecuentemente entre 1620 y 1666.

La influencia intelectual española sobre Francia fue también destacable. Por citar un ejemplo, Enrique II aprendió español. Asimismo, la difusión del español aumentó con Luis XIII entre las élites nobiliarias. También tuvieron gran propagación las obras geográficas sobre América, especialmente Fernández de Oviedo. Y a pesar del conflicto, las relaciones y contactos culturales entre España y los Países Bajos fueron notables. Esto es evidente en la literatura española de la época, que está bañada de referencias a Flandes muchas veces favorables.

### **6.1.2. Siglo XVIII: el funcionalismo hispánico**

#### **6.1.2.1. La nueva historiografía española y la proyección internacional de España**

El siglo XVIII comienza con la guerra de Sucesión española, sirviendo de campo para la lucha de dos opciones europeas contrapuestas: la francófila y la austrófila. A favor de Felipe V y de Francia escribieron Benito de Noriega, Serafín Biscardo, entre otros. A favor del archiduque Carlos V y de Austria escribieron Alejandro Herrera, Benito de la Soledad, entre otros. Los argumentos en contra de los franceses apelaron a la experiencia histórica, al ser recordado en este caso a la sublevación de Cataluña de 1640 a 1652. Por el contrario, los *felipistas* mantuvieron la conveniencia de que España fuera

aliada de Francia y no su enemiga, pues siendo este país tan poderoso era mejor no tenerlo como enemigo, y quizás algo de la fortuna que acompañaba a Francia se traspasase a España.

En cuanto a las relaciones internacionales, la España del siglo XVIII se caracterizó por la pérdida de su hegemonía y, en buena parte, por su condición de satélite de los intereses franceses. En este sentido, los tratados de familia vincularon España a Francia durante la práctica totalidad del siglo XVIII, desde la etapa del irredentismo español después de Utrecht, involucrando a la monarquía española en diversas guerras de sucesión de otros países: las guerras de sucesión en Polonia, la guerra de sucesión austriaca de 1741, etc. Sin embargo, pese a esta casi continua amistad con Francia, la francofobia popular fue siempre un hecho. La presencia española en Italia fue también notable, ya fuera en la curia pontificia, en las administraciones generales de las órdenes religiosas en los centros de enseñanza, en la embajada, etc.

#### **6.1.2.2. Las críticas de los ilustrados europeos y las polémicas derivadas de ellos**

Las críticas contra lo hispánico en el siglo XVIII se enfocaron en los tópicos psicológicos o caracterológicos. Montesquieu, en su obra Espíritu de las Leyes, definía a España como un país meridional “*en el que las pasiones multiplican los delitos*”. Esta idea, la de la importancia del clima como factor clave en la historia, tuvo bastante éxito a lo largo de los siglos XVIII y XIX. Otros intelectuales europeos de la Ilustración tuvieron una imagen muy negativa de la realidad española, especialmente, después del proceso de Olavide (1776-1778). Personajes como Mabillon y Voltaire acometieron contra la Inquisición reprochando sus métodos y tildándolo de “*tribunal fanático*”.

Desde luego, las críticas que surgieron hacia España no solo vinieron de los ilustrados. Grimm, Orleano y otros intelectuales citados por Feijoo y Masdeu escribieron a favor de España. La admiración por la cultura medieval española y por Cervantes estuvo siempre presente, sobre todo en Inglaterra y Alemania. Asimismo, Herder glosó la epopeya española de la guerra de la Independencia frente al francés. Se alabarán obras como la Numancia de Cervantes o Príncipe Constante, que hizo llorar a Goethe. Pero que España recibiera críticas de estos ilustrados no significó que no existiesen reacciones al respecto por parte de los intelectuales españoles. Feijoo, Andrés Piquer, a través de su defensa de la tradición científica española, Luzán y su Poética (1737) con la

querella estética suscitada o José Cadalso, fueron los primeros en responder. Cadalso alteró la beligerante defensa de lo hispánico con una ironía muy sarcástica. Su sagaz patriotismo le hace distinguir las *“verdaderas prendas nacionales de los que no lo son sino por abuso o preocupación de algunos a quienes guía la ignorancia o pereza”*. Está en contra del *“patriotismo mal entendido”* que, según su opinión, *“en lugar de ser virtud viene a ser un defecto ridículo y muchas veces perjudicial a la misma patria”*.

La obsesión caracterológica dará lugar pronto a la fijación por el funcionalismo, la discusión sobre la utilidad, la funcionalidad de lo hispánico en Europa. El problema lo esbozó en 1782 Nicolas Masson de Movilliers en Geografía moderna. Aceptó y repitió todas las críticas de los ilustrados franceses contra la cultura española, críticas principalmente enfocadas en la significación de la Inquisición. Fueron tan directas sus palabras que el artículo de Masson recibió hasta una respuesta diplomática de Aranda, embajador de España por entonces en Francia: *“Nada se nos dará que nos pinten como somos, antes nos importa y nos aprovecha para la enmienda; pero al conato en buscar y exagerar lo ridículo y el aire de desprecio irrita a nuestra gente; y esto hará muy difícil disipar el resto de antipatía que nuestra nación tuvo a la francesa”*. Por su parte, el jesuita Juan Francisco de Masdeu reaccionó contra la visión que de la civilización española dieron los ilustrados europeos. Su defensa de la cultura española llevó a Masdeu a glosar la geografía y el carácter españoles en términos encomiásticos antitéticos a las críticas formuladas por los críticos italianos. De tal modo, la defensa de la cultura hispánica llevará a la revalorización del Siglo de Oro. Dicho término fue acuñado por Luis Josep Velázquez en 1754 en su obra Orígenes de la poesía castellana. Personas como Mayans, Asso y Flórez, entre otros, realizaron numerosas ediciones de nuestros clásicos, desde Cervantes a Lope de Vega.

### **6.1.2.3. La apuesta europea por la modernización y España**

Fueron muchos los ilustrados españoles los que decidieron apostar por aprender de los extranjeros. La introducción de ideas extranjeras en España se ejecutó por diversas maneras. El primero fue el viaje a Europa, siendo una práctica habitual de las minorías cultivadas. Viajeros, estudiantes, artistas, ingenieros, profesores y muchos otros recorrieron el continente. De la misma manera, un gran número de viajeros europeos entraron sus ideas en nuestro país a través de su estancia en el mismo. Otra vía de acercamiento a Europa fue la lectura de libros extranjeros. La minoría ilustrada española

supo estar al corriente de las publicaciones más avanzadas de Francia, Inglaterra o Italia. A lo largo del siglo, las traducciones progresaron.

Por otro lado, la ciencia moderna se introdujo también en España. Andrés Piquer conoció bien la medicina holandesa y escribió el Tratado de calenturas en 1751, que posteriormente se tradujo al francés. Al igual que en otros países del resto de Europa, en la Italia del siglo XVIII también dejó sentir su influencia. La literatura tuvo en el teatro a Alfieri y Goldoni como modelos y la ópera italiana se impuso totalmente con famosos cantantes como Farinelli. Además, arquitectos como Juvara y pintores como Tiépolo también impregnaron su influencia en España de forma evidente. Inglaterra también influyó en España mediante la economía política, con resúmenes de Malthus publicados en la prensa madrileña o la literatura (Pope). Por su parte, Alemania incidió demográficamente a través de las colonizaciones de Sierra Morena y dejó aportaciones técnicas en el plano cultural.

#### **6.1.2.4. La Inquisición**

La Inquisición española se caracterizó por ser implacable con la cultura foránea. En este sentido, Defourneaux ha reiterado en que la Inquisición no pudo prohibir la entrada de la ilustración europea. La picaresca se hizo notar en la introducción de los libros, así como el retraso en las condenas por parte de la Inquisición. El círculo de Olavide en Sevilla o los libreros de Cádiz fueron puntos de entrada de abundantes libros prohibidos en España. La defensa contra el pensamiento extranjero, sobre todo francés, fue muy potente. Incluso ministros como Macanaz en 1747 hacían responsable de los males de España a los franceses. La xenofobia española en el siglo XVIII se debía a razones ideológicas: rechazo a las presuntas doctrinas tóxicas provenientes del extranjero. A lo largo de la segunda mitad del siglo XVIII se desarrolló un frente de pensamiento reaccionario en el que destaca Ceballos con su obra Juicio final a Voltaire. Insania o demencias de los filósofos. A finales del siglo, la actitud de España ante Europa dejó de ser una elección estética o culturista, para ser definitoria de la ideología política.

Cuando llegamos a la etapa de la Revolución Francesa, vemos que desencadenó en España lo que Herr llamó con motivo “*el pánico de Floridablanca*”. Fruto de la obsesión del Conde de Floridablanca -que fue Secretario de Estado de 1777 a 1792, bajo los reinados de Carlos III y Carlos IV- en septiembre de 1789 se pusieron en



marcha todos los sistemas de aislamiento y censura destinados a evitar la terrorífica contaminación hispánica. Las publicaciones fueron objeto de un control riguroso y se prohibió en la medida de lo posible la salida al extranjero de los españoles. Ya en 1791 se recrudecieron aún más las medidas de aislamiento, llegando al punto de que desde febrero de ese mismo año se prohibieron las publicaciones de todos los periódicos a excepción del Diario de Madrid. En 1792, con la sustitución de Floridablanca se produce una cierta relajación que dará lugar a un nuevo aluvión de proyectos reformistas como los de Tavira, Jovellanos y Llorente.

Al mismo tiempo que se defendía de las ideas revolucionarias extranjeras, España, y concretamente Cataluña, desarrolló toda una campaña contrarrevolucionaria. La publicística, junto con la exaltación de Carlos IV como rey absoluto dentro de un orden natural, estimulaba la guerra con Francia apelando a la identificación de España con la “*Monarquía Católica*” y su cometido de defender la religión cuestionada por la Francia revolucionaria. España era, de nuevo, “*la nación elegida por Dios*”, y la Inquisición su instrumento para evitar la contaminación francesa.

### **6.1.3. Siglo XIX: Romanticismo y nacimiento de la Leyenda Amarilla**

#### **6.1.3.1. La obsesión con la Inquisición**

Durante el siglo XVIII, la Inquisición decae. Su situación financiera era muy precaria mientras que su burocracia seguía creciendo. El propio Consejo era consciente de su situación de pérdida de influencia: incluso la monarquía había dejado de apoyarla hasta el punto que los reyes decidían sobre la Inquisición sin necesidad del Inquisidor General y del Consejo General. Sin embargo, su actividad inquisitorial prosiguió.

Las críticas de los ilustrados a la Inquisición eran una mezcla de argumentos regalistas e ideológicos, pero la respuesta inquisitorial aún hizo estragos. Aunque suprimida legalmente, la Inquisición siguió funcionando desde Cádiz hasta que las Cortes de 1812 reabrieron el debate entre liberales y reaccionarios ante el Santo Oficio. En la discusión se reprodujeron viejos argumentos integristas y liberales. Los primeros representados por diputados como Ostolaza, Inganzo o Riesco. Los diputados liberales como Argüelles, Ruiz de Padrón o Lorenzo Villanueva acabaron imponiendo su criterio de que la Inquisición era incompatible con la Constitución. Esta primera supresión legal de la Inquisición sería breve tras su restablecimiento por Fernando VII en 1814. Tras su

nueva supresión en el Trienio Liberal y su restablecimiento en 1823, la Inquisición sería abolida definitivamente el 15 de julio de 1833. Para 1834 se había hecho oficial y en la década de 1840 se abrieron a los investigadores los archivos con lo que, en gran medida, se diluía la mitología que el Santo Oficio había generado durante su historia.

### **6.1.3.2. La guerra de la Independencia y la explosión nacionalista**

Tras una primera etapa de alianza ideológica con la Europa legitimista hasta 1795, el tratado de San Ildefonso introdujo a España en una guerra contra Inglaterra en apoyo de Francia, poniéndola dentro de los futuros intereses napoleónicos. El motín de Aranjuez (marzo de 1808) acabó con el derrocamiento de Carlos IV por su hijo Fernando VII y la entrada de Napoleón dentro de la disputa dinástica española. La reacción popular a los sucesos de Bayona dio lugar al levantamiento del Dos de mayo, iniciando la Guerra de la Independencia y que, según Carr, es la “*expresión del nacionalismo a gran escala*”.

Además, el Consejo de Castilla y la Junta de Gobierno se ponen del lado francés por su lealtad al rey y su actitud pacifista. Las Capitanías Generales dudan en un principio, pero buena parte de ellas acaban alineándose con los franceses e incluso ayudan en la represión popular. Algunos nobles se negaron a someterse, destacando Palafox y el marqués de Santa Cruz. La burguesía se fragmentó. Unos sectores se pusieron del lado “*patriota*”, tal vez por miedo al bloqueo inglés al comercio hispano-americano y por su hostilidad hacia Godoy. Sería esta burguesía la que protagonizaría el nuevo poder político reflejado en las Juntas. En este lado de la guerra hubo de todo, desde intelectuales como Jovellanos, a románticos como Quintana o guerrilleros ultramontanos. Otros sectores, deseosos de reformismo, aceptaron a José Bonaparte como su rey, mientras que otros lo hicieron por su admiración a Napoleón, llegando a conocer como *afrancesados*. De estos hubo colaboracionistas como Urquijo, Azara, Piñuela y Llorente. Por su parte, el pueblo fue el gran protagonista de esta guerra, enardecido por el sentimentalismo religioso imbuido por el clero.

### **6.1.3.3. La historiografía española: del romanticismo al positivismo**

Los factores de integración nacional se sitúan en una especie de tríada: una religión, una ley y un trono. En última instancia, fueron los Reyes Católicos los encargados de, mediante la unidad política, conseguir la unidad nacional, identificando Corona con Estado. La historiografía romántico-liberal convirtió a los Reyes Católicos en símbolo

de la españolidad, pues unieron *“esta nación en héroes y formar de varios gloriosos reinados, uno solo y gloriosísimo”*. Esta historiografía romántica se interesó más por la Edad Media que por la Edad Moderna. La España de los Austrias fue considerada como de decadencia. Los Austrias fueron vistos como una monarquía absoluta destructora de libertades y derechos, mientras eran enmarcados con revueltas como las de las Germanías o Comunidades contra Carlos V. Del mismo modo, el apasionamiento de esta historiografía se acentúa en la historiografía surgida de la revolución de 1868: las historias de España de Morayta (1889) y las historias de Felipe II de Cayetano Manrique (1868), entre otros.

En cambio, la historiografía liberal será compensada por las nuevas corrientes positivistas que se desarrollaron en España en las últimas décadas del siglo XIX. En este sentido, el historiador clave durante esta etapa final del siglo XIX será Cánovas del Castillo, el político de la Restauración. Cánovas achacó la decadencia española a la falta de unidad civil y política, al provincialismo que surgió en el reinado de los Reyes Católicos y a que no realizaron en su momento la debida centralización que requería España como primera potencia.

El debate historiográfico sobre la decadencia hispana se trasladará a la ciencia, donde Gumersindo de Azcárate defendió que la ciencia había estado asfixiada por la Inquisición durante tres siglos. Incluso la discusión sobre la ciencia española llegó a la Real Academia. Núñez de Arce dedicó su discurso de ingreso a defender que la decadencia cultural e intelectual de España se había ocasionado por la intolerancia religiosa. La renovación historiográfica no llegaría hasta finales del siglo XIX y comienzos del XX con los llamados regeneracionistas, historiadores que fueron influidos por los alemanes y el positivismo francés. Las características de esta historiografía pueden establecerse en el rigor de la fuente y una metodología seria con la idea de progreso nacional.

#### **6.1.3.4. La aparición del hispanismo francés**

La genealogía de este hispanismo se remonta a César Ondín, Corneille y Scarron en el siglo XVII, y a Lesage y Beaumarchais en el XIX. Estos románticos estaban influenciados por los alemanes, grandes admiradores de España. Lo podemos ver en los estudios de Tieck sobre Cervantes, Lope y Calderón. Más adelante, ya en plena Primera

Guerra Mundial, la historiografía francesa intentará romper la neutralidad española, arrojándose a un intento de reconciliación que salvará las viejas ofensas hispano-francesas:

- 1) La insistencia en los testimonios de colaboraciones que se dieron entre ambos países en el pasado.
- 2) La prueba de que Francia tenía muchos más motivos para sentirse atacada (por las intromisiones de Felipe II en las cuestiones internas francesas).
- 3) La evidencia de que España no salió de su decadencia hasta la llegada de Felipe V.
- 4) La imperiosa necesidad de olvidar el tema de la Independencia española.
- 5) La legitimación de la política francesa en Marruecos.

De tal manera, el hispanismo francés se divide en su actitud hacia España: los que defienden la España literaria, los que apelan a la España metafísica del esencialismo católico y los que reivindican la España regeneracionista del 98.

#### **-6.1.3.5. La historiografía europea**

La historiografía extranjera que se proyectó sobre España va a proliferar en la segunda mitad del siglo XIX desde Francia, Inglaterra y Alemania. Aunque siguen presentes los temas sobre los Países Bajos y las relaciones con Francia, comienza a surgir interés desde la dominación árabe en España a los primeros Borbones. A pesar de ello, se sigue siendo implacable en cuanto a las críticas a Felipe II y la Inquisición. Weiss (1844) atribuye la decadencia cultural española a la Inquisición, o Macaulay (1876), que considera que Felipe II transformó a los españoles de un pueblo de gigantes a un pueblo de vicios. Por su parte, la discusión sobre la psicología del pueblo español se generalizó en las últimas décadas del siglo XIX y se alargó durante el XX, cuestión que asumió la Generación del 98 y también los nacionalistas catalanes.

#### **6.1.3.6. La Generación del 98 y el problema español**

La Generación del 98 se planteó el “*problema español*” en términos bastante patéticos, a caballo del desmoronamiento total del Imperio colonial. Se movieron entre el casticismo nacionalista y el regeneracionismo europeísta, con no pocas contradicciones.

Algunos de ellos veían a España de distinta manera: Ganivet defendió la tradición al mismo tiempo que el retraimiento intimista. Unamuno defendió el principio de que Europa debía ser españolizada; Mallada expuso toda una lista de defectos de los españoles: la fantasía, la pereza, la ignorancia, etc., y Antonio Machado reflejó la duplicidad entre el pesimismo y la ilusión, entre el pasado y el futuro, entre las dos míticas Españas.

#### **-6.1.4. Siglo XX: ¿En camino hacia el final de la Leyenda Negra?**

##### **-6.1.4.1. La historiografía europea**

La historiografía romántico-liberal se alargará durante el siglo XX gracias a la continuidad de las críticas contra la Inquisición que emana de historiadores *post-llorentistas* de escaso valor científico (Sabatini, Cazal...) y los primeros historiadores judíos (Graetz, Loeb...), que harán un discurso funcionalista y voluntarista para demostrar la aportación histórica en la cultura por parte de la comunidad judía a pesar de los intentos por destruirla –de la Inquisición al nazismo. La crítica global de adjetivos despectivos será sustituida por estudios de carácter socioeconómico (Girard, Hamilton...) y se iniciará un proceso de superación de los viejos agravios contra España.

##### **-6.1.4.2. La historiografía española**

Desde España, en pleno período autárquico, la historiografía de la postguerra se concentró exclusivamente en los siglos XVI y XVII, en relación a los “*males*” europeos y la fidelidad a la “*naturaleza*” hispánica. Los mitos y valores del siglo XVI son asimilados con complacencia: se vuelve a una religiosidad contrarreformista, se recordará a los Reyes Católicos, se exaltará la Hispanidad como proyección universal de la patria, entre otros aspectos.

En los años cincuenta se analizarán los planteamientos sobre el liberalismo del siglo XIX. Suárez Verdeguer confrontó la modernidad europea y la española, explicando que la llegada del liberalismo se debió a una “*vasta conspiración*”. Además, con el fin del aislamiento internacional, se incidirá en nuevos temas tales como la descripción histórica del constitucionalismo español y el renacimiento historiográfico de los temas conflictivos en las décadas anteriores. Pero sobre todo, se cambia la óptica ideológica y nacional. La historiografía española se relaciona a la internacional mediante la

participación en los Congresos Internacionales de Ciencias Históricas. Los años sesenta generan un cambio radical paralelo a la transformación del país (Plan de Estabilización, inicio de las conversaciones con la CEE...) con la liberalización intelectual (aumento de la población universitaria, nueva ley de prensa...).

La Inquisición en los últimos años ha provocado un “boom” historiográfico, a través del Centro de Estudios Inquisitoriales y el Instituto de Historia de la Inquisición, con congresos dedicados al tema inquisitorial (Santander, Roma-Nápoles, Palma...). Por otro lado, la revuelta de los Países Bajos también sufrió un proceso de desmitificación histórica (Parker), donde se minimizó la represión del duque de Alba, se dio una explicación económica de los motines de los Tercios españoles y se ha evidenciado el bajo número de sus componentes (Thompson).

#### **-6.1.4.3. Argumentos finales**

El primero que habría que tener en cuenta es que los juicios negativos sobre España no son el resultado de una conjura internacional dirigida de forma irracional. En plena hostilidad de las críticas contra España en los siglos XVI y XVII, son numerosas las pruebas de admiración que hubo hacia la cultura española. La segunda es que la propia memoria histórica nos obliga a recordar la responsabilidad española en la creación de su propia imagen negativa. Por muy exageradas que fueran las críticas, éstas se debieron a la naturaleza y gestión imperial de la monarquía española. La tercera es que la Leyenda Negra hay que hacerla depender de una política como la española, imperialista en lo político, surrealista en lo religioso, e inepto en su propaganda. Por último, digamos que la autocrítica no es ni debe ser negativa, pues más vale ver nuestros propios errores y defectos que sucumbir a una visión narcisista de nuestras virtudes.

### **6.2. La Leyenda Negra en la América hispana**

#### **6.2.1. Siglos XVI-XVII: Apología y crítica por el descubrimiento de América.**

La perplejidad intelectual por el descubrimiento de América fue enorme cuando fue descubierto por Cristóbal Colón, apareciendo muchísimas preguntas, entre las que destaca una: ¿Cómo explicar la descripción misma del mundo hasta las últimas dos décadas del siglo XVI como si aún fuera el descrito por Estrabón o Ptolomeo? El coste inmediato de dicha perplejidad fue el propio nombre de América, sobre todo porque

Colón creyó llegar a Asia en 1492. No podía estar más equivocado, como bien sabemos. Sería en 1504 cuando Américo Vesputio planteará por primera vez en una carta la identidad de *Mundus Novus* de las tierras recién descubiertas. Por tanto, América tardó en asimilarse como el “*nuevo mundo*”, pues desequilibró todos los esquemas sobre la unidad de la naturaleza humana. Posteriormente, se plantearían los problemas jurídico-políticos. Las Capitulaciones de Santa Fe de abril de 1492 establecieron unas concesiones de títulos a Colón y sus herederos y unos derechos de explotación, que de cualquier manera eran inasequibles por la Corona en el momento del descubrimiento. El gobierno de los Colón fue muy cruel, especialmente por las matanzas de indios en 1495. Tras su tercer viaje, se podría decir que se estableció un régimen colonial monopolizado por la Corona mediante la Casa de Contratación de Sevilla para la explotación de aquellas tierras.

Podemos decir que Bartolomé de las Casas es el padre de la Leyenda Negra. Su famosa Brevisima sobre el abuso hacia los indios no tenía mayor objetivo que llamar la atención de Carlos V con respecto a la verdad de la conquista de América, con el incumplimiento de las leyes y disposiciones de la Corona por los colonizadores. En otras palabras, pretendía que se acabase la conquista y el sistema de encomiendas como manera de civilizar a los indios. Dicha labor tuvo finalmente su resultado, pues Carlos V estableció una sanción real en 1542 por el que restringía las encomiendas y la esclavitud de los indios. El trasfondo de la obra de De las Casas tuvo mucho de peso en la Leyenda Negra. El problema religioso con la conquista de México y Perú dio lugar a la cuestión político-jurídica: la legitimidad de la guerra de conquista y la esclavitud de los indígenas, en la que fueron claves De las Casas y Ginés de Sepúlveda y que empezó con el debate en Valladolid de 1550-1551 y con la disputa sobre la legitimidad de la soberanía española en las Indias. Sin embargo, no existe la legitimidad para la esclavitud puesto que, apoyándose en Cicerón o Séneca, se cree en la igualdad natural de todos los hombres. En resumidas cuentas, que la legitimidad de la conquista descansa, según De las Casas, en la obligatoriedad de la evangelización.

No obstante, De las Casas no fue la única fuente crítica de la colonización española. Desde el principio América generó mucho interés en los humanistas italianos, que tuvieron una imagen idealizada de los indios. Los embajadores venecianos se despacharon a gusto contra la política americana de la monarquía española. Benzoni

mostró a los españoles como avariciosos e interesados únicamente en enriquecerse, así como personas sucias e ingratas. También afectaron las traducciones al entender de la conquista.

A lo largo del siglo XVI se consolida la visión hipercrítica de la labor española en América. Ayudan a ellos los relatos fragmentarios de viejos panfletos muy beligerantes. Desde Francia se cuestionó que los españoles fueran los verdaderos descubridores de América (se insiste en que fue un genovés el que la descubrió) y los dueños del monopolio en las Indias Occidentales. En este sentido se alude a que en vez de evangelizar a los indios, los españoles se dedicaron a transmitirles enfermedades y a dejarse llevar por su codicia del oro, generalizando su avaricia e idolatría.

#### **-6.2.1.1. La Leyenda Rosa**

La defensa de la labor española en América fue prontamente beligerante. El dominico Domingo de Betanzos y el franciscano Toribio de Benavente censuraron directamente a De las Casas. Camilo Borrell explica la acción de España en América según los testimonios de cronistas como López de Gomara y mencionando que las críticas se deben más a la envidia de sus enemigos. La literatura del Siglo de Oro glosó de enorme manera la figura de Hernán Cortés con romances, poemas épicos y otros textos de Villalobos, Bernardo de la Vega, entre otros. La historiografía colonial del siglo XVII, como señaló Stiffoni, acusa la incidencia de la progresiva autonomía funcional de la administración, y al mismo tiempo crecen los cuestionamientos de la labor colonial junto al rearme ideológico, con muchos intelectuales como Alviz de Castro en Verdadera razón de Estado (1616) o Tirso de Molina. Y Campomanes, que dio en su momento razón a algunas críticas de Montesquieu, exaltó la labor civilizadora de España y destacó las vilezas realizadas por los holandeses y otros europeos.

#### **-6.2.2. Siglo XVIII: El debate sobre el régimen colonial**

##### **-6.2.2.1. La percepción americana de los ilustrados europeos**

En el siglo XVIII, América se convirtió en un quebradero de cabeza para la antropología, la geografía y la historia natural. Tournemine (1703), Lafitau (1724) y Goguet (1758) vieron la necesidad de realizar lecturas de la Biblia desde el panorama de la realidad del hecho americano. Voltaire y Robertson, por su parte, fueron poligenistas,



negando el origen común del pueblo americano. Montesquieu dio relevancia al clima como pieza impulsora de la historia humana. Se llega a la idea de que el hombre americano es un salvaje hermoso, pero abandonado por la impasible humedad del ambiente. Sin embargo, aunque el debate sobre el hombre americano se prolongaría durante todo el siglo, estas discusiones realizadas por personas -que salvo alguna rara excepción jamás pisaron América- se extenderían paulatinamente hacia el análisis de la labor colonial española en América, en el entorno de un enorme interés que suscita en el siglo XVIII la realidad americana, especialmente en Francia. Pero hubo lugar para algo más que las críticas. En este aspecto, el historiador Rómulo D. Carbia considera que el Dictionnaire historique de Bayle (1696) y el Nouveau Dictionnaire historique (1765-1789) expusieron una posición neutral hacia la colonización española. Mientras, otras obras como la de Edmund Burke (Histoire des colonies européennes, 1707) o James Adair (The History of American Indians, 1775) adoptaron, según nos dice Carbia, una posición favorable a la conquista.

#### **-6.2.2.2. España ante América en el siglo XVIII**

La historiografía española sobre América en este siglo padece una situación de estancamiento, pues surge un cierto miedo a América y la historiografía más profesional se retrae. Se sigue hablando de lo aportado por los intelectuales sobre la historiografía colonial de los siglos pasados, abundando las ediciones de las crónicas. Ante el vacío que hay de los profesionales de la historia, la elaboración de libros sobre América será realizada por científicos en busca de curiosidad (como Jorge Juan y Antonio de Ulloa), por oficiales reales en misiones investigadoras o jesuitas expulsos desde Italia. Asimismo, en este siglo, hablar de América será un tema polémico, llegándose a casi prohibir la publicación de obras, especialmente en la última parte del siglo. Porque, o el escritor tenía que repetir expresiones de la historiografía tradicional, o bien aceptar estas expresiones, exponiéndose a dar la razón especialmente a las extranjeras. Por el contrario, la Inquisición americana se puso desde el principio del lado de la defensa del sistema colonial, persiguiendo toda exhibición revolucionaria. Pero la represión inquisitorial no sólo se dirigió hacia lo impreso, sino también hacia lo oral, atacando a todo aquello que no estuviera en sintonía con la versión oficial de la Historia de España de América. En conclusión, la Inquisición ayudó a dar una imagen a la labor colonizadora española.

### **-6.2.3. Siglo XIX: Criollismo y Nacionalismo**

Lo primero que hay que tener en cuenta es que los imperios ibéricos se quebraron entre 1808 y 1824 en unos eventos creados prácticamente por la situación europea, las guerras napoleónicas y la ausencia de España en sus dominios americanos durante muchos años. Estos hechos, según François López, fueron los principales artífices en la destrucción del imperio español de América y, en concreto, las revoluciones de Estados Unidos y Francia.

Hay una relación entre la visión idílica de América de los primeros ocupantes de América y la de los criollos ilustrados del siglo XVIII, aunque con motivaciones diferentes. Mientras que en el siglo XVI los cronistas señalaron las riquezas del nuevo continente descubierto para atraer a más personas al proceso de conquista y colonización, los criollos lo usaban ahora para autoafirmarse ante los españoles. Si en el siglo XVIII hay un gran número de criollos reformistas que, amparados en la política ilustrada de los reyes españoles, intentan mejorar la situación americana, a finales del mismo siglo se implanta una ideología revolucionaria que une tradiciones insurgentes endógenas con influencias exógenas de la revolución americana y francesa. Frente al colonizador español, el criollo es transformado en el colonizado, desfigurando la auténtica relación colonial original. Este sentimiento de la autoidentificación llevará a los criollos a recuperar la Leyenda Negra europea. Así, será nuevamente recuperado De las Casas en sus escritos cuando apenas hay referencias del mismo en la literatura criolla del siglo XVII y XVIII. Similarmente, se trae de vuelta el mito de El Dorado como el supuesto tesoro que robaron los españoles y que debe ser recobrado.

Ahora bien, la mayor parte de la historiografía española no aceptó estos razonamientos. Los historiadores del siglo XIX defendieron la labor realizada por España en América: Pi y Margall consideró innegablemente que *“se operó la transformación que hizo de un conjunto de pueblos incultos una nación civilizada”*, mientras que Patxot y Ferrer atribuyeron la causa de la decadencia al carácter español implantado en América. Tras la segunda mitad del siglo XIX se pudo observar una historiografía más neutra ideológicamente hablando y con un deseo positivista. Destacaron los trabajos de Navarrete y de Jiménez de la Espada. Durante el cuarto centenario del descubrimiento de América se originó un estallido historiográfico enfocado en la identidad genovesa de Colón, y que plantearía un debate crítico respecto a las verdaderas intenciones de Colón

y se pondría en duda la legitimidad de las fuentes hasta entonces empleadas (De las Casas y Hernando Colón).

#### **-6.2.4. Siglo XX: El *lascasianismo* y la historiografía sobre América**

Los historiadores americanistas se dividen en *lascasianos* y *antilascasianos*. Unos alabarán la obra española en América, paralelamente a las añoranzas imperialistas de los años cuarenta del siglo XX, junto con la Hispanidad y el amor por la patria. Otros, desde una visión más científica, viendo la colonización española como una continuación del feudalismo hispano religioso. En este contexto historicista, hay que colocar las discusiones de los *lascasianos* y *antilascasianos*, que aumentarán con Menéndez Pidal. Éste último destacó la doble personalidad de De las Casas: unas veces, normal, y otras, anormal, llegando a calificarlo como paranoico. Como síntomas patológicos describe la exageración en su forma de describir las crueldades españolas, la idealización ilógica de las Indias, la calumnia continua contra todo lo español y la idea de haber sido elegido por Dios para determinar lo que era justo e injusto en las Indias.

Pero hay quienes defienden a De las Casas contra Pidal. Giménez Fernández consideró lo siguiente: primero, que había parcialismo al emitir todos los aspectos negativos de los enemigos de De las Casas (corrupción de personajes influyentes del Consejo de Indias, como Fonseca), así como la brutalidad de los conquistadores; segundo, que De las Casas es realista, aunque exagerado, en su descripción de las crueldades españolas, según demuestran documentos episcopales y las relaciones de visitantes de Nueva España; tercero, que existía un partido indigenista, pues De las Casas no era el único; y cuarto, la ignorancia y distorsión por parte de Pidal de muchos hechos, como la viabilidad de los métodos pacifistas *lascasianos* o el respaldo al mestizaje de De las Casas. Asimismo, en la actualidad existe un consenso general en valorar a De las Casas como el pionero del anticolonialismo europeo, según Merle, y las alusiones al dominico en la intelectualidad hispanoamericana son constantes.

##### **-6.2.4.1. La historiografía sobre América**

Con la pérdida de Cuba, Filipinas y Puerto Rico, se reabrirá el debate de la valoración del papel de España en América. Durante la década de 1930 se harán juicios de valor histórico sobre la conquista española. La legitimación máxima de la labor de España la defenderá Ramiro de Maeztu, en base a su libro Defensa de la Hispanidad, donde

alabará la obra de España por incorporar a la civilización cristiana todas las razas bajo nuestra influencia, porque España ha traído a América la conciencia de la unidad moral. Posteriormente, durante la década de los cuarenta, se percibe una detonación historiográfica de una generación de historiadores que se plantean importantes cuestiones sobre la conquista y la colonización: Robert Ricard y Fernando de Armas en torno a la evangelización; Bataillon y Giménez Fernández en torno al lascasianismo; Charles Gibson o García Gallo sobre la problemática jurídica e institucional de la colonización, etc. En cualquier caso, durante este tiempo la visión dominante fue la apologética de la conquista.

En los años sesenta se profundiza en la historiografía americana el debate teórico sobre la transición del feudalismo al capitalismo que intenta adaptarse a América adhiriendo las connotaciones del modelo colonial español. Por su parte, la historiografía del descubrimiento se dividió entre ortodoxos y revisionistas. Estos últimos (Manzano, Pérez de Tudela...) han planteado preguntas como el pre-descubrimiento, el secreto de Colón, el mesianismo colombino..., que quebraron las versiones clásicas de los historiadores de la escuela de Ballesteros. En los años setenta surgió la historia económica a la vez que prosperan los estudios del siglo XVIII (Bakewell, Taylor...) que se consolidará en la siguiente década. También se apuesta por una historiografía positivista que estudia personajes o hechos concretos. En cualquier caso, en relación a las críticas a la labor española, se han enfocado en el catastrofismo demográfico (genocidio) elaborado por la entrada de los españoles a través de las cifras manejadas por la Escuela de Chicago (Borah, Cook...), destacando lo más sangriento de la acción militar española, como el empleo del arcabuz, el caballo y el perro de presa, denunciando la presunta “traición” del proyecto evangelizador, con el pillaje y la salvaje aculturación que significó el modelo colonial español.

## **7. Conclusiones**

La realización de este trabajo me ha permitido aproximarme a lo que conocía como Leyenda Negra mediante el uso de técnicas metodológicas e historiográficas aprendidas durante mi etapa como graduado de Historia. He podido analizar su contexto a lo largo de su historia, que variaba según el siglo y lugar que investigaba. Es sorprendente apreciar como un simple término ha ocasionado tantos problemas a los investigadores e historiadores desde incluso mucho antes de que se conociera como tal. Es más, creo que esto se debe a algo que tendría que ser esencial cuando analizamos un periodo histórico concreto: los historiadores deberían descifrar los mitos, averiguar cómo y por qué aparecen, desvelar sus verdades y mentiras. Lamentablemente, creo que aún estamos lejos de conseguirlo.

Esta experiencia ha enriquecido no solo mi propio criterio personal, sino mi concepción del país donde he nacido y crecido. He de reconocer que durante una parte de mi adolescencia, especialmente los años previos a mi entrada en la universidad, no paraba de ver y oír por la televisión e internet sobre lo mal que iba nuestro país en muchos aspectos, especialmente en lo relativo a la economía. Oía tópicos que venían desde Europa acerca de que los españoles destacábamos por nuestra vagancia y ganas de fiesta, que teníamos un carácter muy tradicional y anticuado comparado con la moderna y avanzada Europa, que éramos unos corruptos, etc. A esto habría que sumarle lo que decían desde Hispanoamérica, concretamente los políticos de allí, sobre nosotros: unos imperialistas, que habíamos robado las riquezas de sus antepasados, que les masacraron sin ningún tipo de piedad ni misericordia, que gracias a sus libertadores se libraron del dominio colonial español y muchas otras cosas. Tengo que reconocer que dudé un poco sobre mi propio pasado histórico, pero me negaba a aceptarlo. Gracias a mi entrada en el mundo universitario he podido resolver mis dudas con mayor claridad y quitarme la venda de la Leyenda Negra que me tapaba la vista.

Así las cosas, puedo decir que estoy de acuerdo con lo que dicen R. Serrera y Pérez Herrero sobre la problemática actual de la disciplina histórica en el estudio de la Historia de América: *“La situación de la disciplina ha impuesto que la imagen del proceso histórico de América Latina que tiene la sociedad española está desfasada con respecto a la situación actual, sin que se observe un cambio de tendencia radical en los*

*sectores más jóvenes. Se manejan todavía los conceptos e interpretaciones que sobre la realidad americana se difundieron en la época franquista. Habría que formar un elevado número de profesionales americanistas que desde distintos y variados puestos de trabajo sean capaces de construir una Historia de América más desapasionada, menos nacionalista y más comprensiva que posibilite la superación de viejos complejos y permita un acercamiento entre los pueblos españoles y americanos”.*

Por último, las consecuencias de la Leyenda Negra hoy en día las podríamos destacar en muchísimos mitos, aunque a continuación solo pueda nombrar unos pocos:

-1) La figura de De las Casas ha generado anomalías problemáticas. El principal mito ha sido el de la excesiva dependencia que se ha hecho de la Leyenda Negra y de su Brevísima, su responsabilidad absoluta en el desarrollo de la mencionada Leyenda. Otro mito sería el de su soledad, cuando se ha demostrado el apoyo que recibió desde la corte.

-2) No hay evidencia de la vinculación directa que se ha querido ver entre la visión crítica de la conquista española y la del indigenismo.

-3) La Leyenda Negra americana no fue el resultado de una supuesta campaña anti-española de los países europeos contra España. Pierre Chaunu ha persistido en que fue consecuencia del imperialismo hostil y competitivo hacia lo español por parte de los países europeos.

-4) Es estrictamente necesario superar el esencialismo nacional al analizar las críticas de la Leyenda Negra. Debemos aceptar que no tiene razón de ser el debate esencialista de las responsabilidades de España, al no ser los españoles más sanguinarios y crueles que los holandeses, franceses o ingleses.

-5) Recordar no significa celebrar. El recuerdo de 1492 ha ocasionado, y lo sigue haciendo, resultados positivos como el cuestionamiento del término de descubrimiento.

## **8. Bibliografía**

- ARAM, Bethany. *Leyenda negra y leyendas doradas en la conquista de América: Pedrarias y Balboa* / traducción, Antonio J. Carrasco Álvarez. Madrid: Fundación Jorge Juan: Marcial Pons (Ediciones de Historia, S. A.), 2008. 451 p.
- CARBIA, Rómulo D. *Historia de la leyenda negra hispano-americana* / estudio preliminar de Miguel Molina Martínez. Madrid: Fundación Carolina, Centro de Estudios Hispanoamericanos: Marcial Pons, Ediciones de Historia, S. A., 2004. 248 p.
- GARCÍA CÁRCEL, Ricardo. *El demonio del Sur: La Leyenda Negra de Felipe II*. 1ª ed. Madrid: Ediciones Cátedra (Grupo Anaya, S. A.), 2017. 460 p.
- GARCÍA CÁRCEL, Ricardo. *La leyenda negra: historia y opinión*. 1ª ed. en <<Ensayo>>. Madrid: Alianza Editorial, 1998. 346 p.
- JUDERÍAS, Julián. *La leyenda negra: estudios acerca del concepto de España en el extranjero*. 16ª ed. Madrid: Editora Nacional, 1974. 427 p.
- MOLINA MARTÍNEZ, Miguel. *La leyenda negra*. Madrid: Editorial NEREA, S. A., 1991. 317 p.
- PÉREZ, Joseph. *La leyenda negra* / traducción de Carlos Manzano. 2ª ed. Madrid: Gadir Editorial, 2009. 253 p.
- TODOROV, Tzvetan. *La conquista de América: el problema del otro* / Traducción de Flora Botton Burlá. 2ª ed. México: Siglo XXI editores, S. A., 2010. 319 p.
- VILLAVARDE RICO, María José & CASTILLA URBANO, Francisco (directores); autores, José Álvarez Junco... [et al.]. *La sombra de la leyenda negra*. Madrid: Editorial Tecnos (Grupo Anaya, S. A.), 2016. 541 p.